Kiko Amat

Los enemigos

O cómo sobrevivir al odio y aprovechar la enemistad

nuevos **cuadernos anagrama** 

Índice

Para Eugènia, Boi y Lluc

Los que quieren salvarse necesitan amigos auténticos o enemigos ardientes.

PLUTARCO,
Cómo sacar provecho de los enemigos

Poder planificar una venganza artística sobre un enemigo, luego llevarla a cabo con suma perfección, y después irme a casa y meterme pacíficamente en la cama.

IÓSIF STALIN ,
explicando su idea de día perfecto

Used to be my homie, used to be my ace Now I wanna slap the taste out yo' mouth .

DR. DRE , «Dre Day»

Prólogo

Donde se comenta lo que está por venir, al modo tradicional, y se le da una bienvenida cordial al lector .

La premisa fundamental de este pequeño libro es de una simplicidad pasmosa: tener enemigos puede resultar útil. Yo los tengo, vivo entre ellos desde que desarrollé el uso primigenio de mi conciencia, y no me ha ido mal del todo. Mi vida entera ha transcurrido, desde mi más tierna mocedad, con la percepción clara de que el mundo estaba polarizado en *friend or foe* , gente a quien amar y gente a quien odiar (con un océano de humanidad irrelevante, o simplemente desconocida, entre ambos continentes). Esta visión, esta (a menudo ingrata) *Weltanschauung* , era para mí certeza, no conjetura o abstracción: dichos enemigos tenían nombres y apellidos (aunque su enemistad estuviese definida por mi paranoia o traumas o neuras, más que por actos demostrables empíricamente y realizados, desde su lado, por ellos). Dicho de otro modo: existían, y no en la forma de demonios folclóricos abstractos, productos hiperbólicos de la paranoia y el pánico social. 1

La certeza de que siempre existía *un opuesto* , un enemigo, contra el que enfrentarse o en quien reflejarse, ha marcado mi comportamiento y destino y relaciones sociales y la forma en que crecí, y por consiguiente también mi oficio y mi obra literaria. La mayoría de mis creaciones, también la mayoría de mis acciones en general, han estado sujetas a la contraposición con un antípoda. Mi blanco existe porque siempre he creído que al otro lado estaba el negro, y viceversa. Soy lo que soy porque no soy *eso* . Hago esto porque no es *aquello* : lo contrario de mi esencia.

Este librito es, así, un intento de comprender la enemistad, la obsesión con lo antipódico, las acciones por despecho y el odio (con ocasional elevación) que acompaña a la mencionada posición vital. He dividido los capítulos en tipos de enemigos, con algún interludio para explorar mis lamentables prejuicios, patologías relacionadas con la revancha e incapacidad para el perdón. También he citado con abundancia de otros autores, no para hacerme el intelectual, particularmente, sino para que el lector comprenda que este lamentable estado de cosas existe desde que el cerebro del *Homo sapiens* empezó a desarrollarse (incluso diría que desde antes; el odio precede a la inteligencia, tal vez). Centenares de personas antes que

este escritor se han preguntado, y han escrito, sobre el mismo tema. *Los enemigos* simplemente realiza el análisis en gravosa y gallarda primera persona, hoy, aquí.

Sin más dilación, les invito a empezar el libro y les doy la bienvenida a este periplo por mi ira, mi odio y mi rencor, que quizá sean también los suyos.

Haters: come right up .

1. Enemigos naturales

Donde se hablará de los enemigos instantáneos, los opuestos naturales y la esencia de lo antipódico; se analizará el caso de «Billy»; se citará a Friedrich Nietzsche, Serguéi Dovlátov, Poggio Bracciolini, la esposa del Yorkshire Ripper, Thomas Bernhard, el Billy Budd *de Melville y el filme* Los inmortales *(Russell Mulcahy, 1986); se realizará un autoexamen concienzudo del acto de «irradiar desaprobación»; y (convenientemente oculto en una nota al pie) se aventurará el concepto de Flatulencia Antisolemne* .

¿Cuál es la esencia del desagrado? ¿En qué punto nace la antipatía? ¿De dónde surge la tirria? ¿Por qué amamos a una gente y odiamos a otra (si ustedes son de los que no odian a nadie, de veras que no comprendo qué hacen leyendo esto), a menudo a primera vista, tras intercambiar dos o tres palabras con ellos?

Empezaré sincerándome, pues a veces siento hacia recién conocidos un rechazo de tal magnitud que me resulta imposible no creer en algún tipo de reencarnación. Se trata de una animosidad soluble, un rebote que pasa a mi torrente sanguíneo de un modo casi instantáneo, sin lugar para el análisis o la reflexión previa, y que (me digo) *tiene* que venir del pasado, de otra vida, de otros caparazones que habité.

Mi odio, ahora me doy cuenta, me está convirtiendo en hippy. Soy incapaz de imaginar un escenario peor.

De todos modos, con o sin hippismo, la conjetura resulta tentadora. ¿Y si, quizás, en lugar de dos sujetos que simplemente se cayeron pésimo el uno al otro en una cena (escenario pedestre), fuimos uno hugonote y el otro agente de Luis XIV en una vida anterior (escenario épico)? Nuestra disputa de finales del siglo XVII se habría perpetuado a través de diversas reencarnaciones hasta renacer en esa velada, en forma ya no de persecución religiosa ni genocidio intercristiano, sino de franca brusquedad recíproca a la hora del café y los *petits fours* .

El escritor Herman Melville, profundo conocedor de la condición humana, se planteaba algo similar en su relato *Billy Budd, marinero* :

> ¿Qué participa más de lo misterioso que una antipatía espontánea y profunda como la que sale a relucir en ciertos mortales excepcionales ante el mero aspecto de otro mortal, por inofensivo que este sea, provocada acaso por esa misma

inofensividad?

Dejaremos lo de la inofensividad del «otro mortal» como mera hipótesis. Este no es el libro para empezar a exculpar a nuestros adversarios de buenas a primeras, o yo me quedaría sin desarrollo del tema y ustedes sin diversión lectora. Quedémonos con lo misterioso de una antipatía profunda ante el mero aspecto de alguien.

Para diseccionar ese escenario, lo mejor será partir de un ejemplo real. 2 Lo llamaremos «Billy».

Billy, a quien acaban de presentarme en una cena, es un treintañero barcelonés, votante de Podemos con simpatías PSC, impulsor de este y aquel acto vecinal solidario y antipolutivo, de la compra en cooperativas de comercio justo, el tipo de persona que considera casi delictivo no apuntarse al minuto de silencio por la ablación genital somalí. Jamás he puesto los pies en casa de Billy, pero no dudo que en su discoteca hay al menos un álbum de canción protesta.

Billy, como les decía, acaba de serme presentado, y sin embargo a los pocos minutos ya me está lanzando indirectas chasconas que, según avance la noche, se transformarán en cortes malintencionados y alusiones emponzoñadas a mi personalidad, mi forma de vida, mi psique, mi obra y mi colección de zapatillas deportivas.

Y sin embargo Billy, a la hora de empezar su ofensiva, todavía no había sufrido el menor agravio por mi parte (como podría haber sucedido en otras ocasiones, con otra gente, en mi pasado). No he defecado por error en su cesto de ropa sucia, no he realizado aún comentario alguno, difamatorio o no, sobre la canción protesta, ni he usado todo el papel de váter sin colocar después un rollo nuevo. Mi comportamiento hasta ese instante ha sido impecable, incluso deferencial, poco menos que encantador, y no solo porque mi mujer haya amenazado con retirarme la palabra de por vida si no soy simpático con Billy, que por si no lo he dicho antes es el joven nuevo novio de una vieja amiga suya (no lo he dicho antes).

Según avanza la noche, va quedando claro que el otrora untuoso Billy ya solo es capaz de mirarme entrecerrando muy fuerte los ojos, al modo Fry de *Futurama* . Ya no me pregunta si quiero algo cuando se levanta para ir a la nevera, ni me rellena la copa seca, y contesta a todas mis afirmaciones con pedorretas o bufidos sarcásticos. En varias ocasiones le ha preguntado algo a mi mujer despersonalizando mi nombre («tú y... *él»* , con mueca de ulceración gástrica en el segundo pronombre), y hace solo un minuto le he sorprendido haciéndome la L de Loser desde la cocina (el infeliz creía que no le estaba mirando).

Se trata de una situación chocante, del todo inesperada, considerando que ambos hemos aparecido en este acto social acarreando afidávits incontestables. Ninguno de los dos había disparado al padre del otro por la propiedad de unas tierras. No somos exmaridos de la pareja ajena con historial de retraso en el pago de la pensión. Hemos aparecido aquí como amigos de amigos, deseando bañarnos juntos [3] en la vieja amistad de nuestros respectivos consortes. La amiga de mi mujer es una anfitriona de legendaria largueza enológica, a quien respeto por esa razón y algunas incluso mejores, y siempre nos hemos tratado con decencia, ella y yo, dando por bueno que haber sido escogidos por alguien sensato y benigno –mi esposa– nos colocaba a ambos, de salida, bajo una luz favorable. Por la misma razón, mi mujer está predispuesta a otorgarle a Billy el estatus de recomendado, y a considerarle una influencia positiva en su amiga (de quien siempre sospechó que terminaría en un convento, un manicomio o Wad-Ras) hasta que se demuestre lo contrario.

El joven Billy, por último, no deja de incluir a mi mujer en la conversación, y desde el primer momento ha anunciado (sin intenciones en apariencia fornicatorias) que es lector de su editorial y se lee *todo* lo que esta saca, incluyendo excels de ventas, listas de la compra y mails familiares sobre colonias de verano.

¿Por qué, entonces, Billy y yo estamos empezando a odiarnos de forma patente y encarnizada, aguando el futuro baile folk confraternizador que iba a tener lugar en ese comedor entre los cuatro, el emotivo amigos-para-siempre que se planteaba como final lógico a esa velada adulta de vino y conversación, antes de que Billy y yo descubramos que somos enemigos instantáneos, opuestos naturales, y que nos da asco *todo* del *otro* (aunque haya empezado él)?

Una primera suposición sería que Billy, una persona concienciada que lleva su opción política de blasón, sospecha que yo me tomo a risa esa opción política, así que decide efectuar un ataque preventivo antes que resignarse a ser diana de mi chanza nihilista macerada en cinismo dionisíaco y proleta.

Pero yo, me digo, jamás he hecho mofa de sus creencias, desde luego no en su presencia. *Acaban* de presentarme al muchacho. ¿Cómo puede ser que sospeche algo así?

La primera respuesta a esa subpregunta dentro de una suposición (no se despisten) podría ser que no se trata de una sospecha sino de una *constatación empírica* , y que yo *sí* he hecho mofa de sus creencias en algún momento primigenio de la velada, por ejemplo cuando esperábamos a que nos abriesen, berreando sin querer en el

descansillo, o tal vez en algún hiato de la cena; mientras meaba, hablando solo, dirigiéndome a mi reflejo en el espejo del baño («venga, Kiko, aguanta un poco más, no tienes por qué mencionar aquí la posición de Podemos respecto a las cargas de la Brimo, espera a llegar a casa»).

Sin embargo, aunque un contexto como el expuesto entra dentro del marco de lo posible, podría jurar que esta vez no he hecho nada de eso. Mi comportamiento externo hasta que me han presentado a Billy ha sido e-jem-plar.

Se trata de un maldito enigma.

O, un momento, tal vez no tanto.

La solución al enigma planteado en el párrafo anterior quizá sea más simple de lo que sospechamos, y con toda probabilidad se halle en el mismo concepto de «externo». Porque, tal vez, aunque a lo largo de esta cena yo no haya abierto la boca más que para elogiar su calzado de cáñamo o su última acción poética financiada con dinero público, Billy ve *a través de mí* y sabe lo que pienso de veras: que la gente que va de un modo tan ostensible de «buena gente», que hace de ser mansa y solidaria la pieza angular de su identidad, me hace sospechar de inmediato. Porque intuyo que está ocultando una parte fundamental de su personalidad; la que tiene que ver con los sentimientos menos nobles, pero no por ello menos humanos, de su persona: la inquina, la rabia, la envidia, el egoísmo, los celos o el deseo cerval de pegarle un puñetazo en la nariz a alguien.

Poggio Bracciolini, un humanista italiano del Renacimiento, afirmaba en su obra *Contra hypocritas* (Contra los hipócritas, 1448) [4] que se veía forzado a sospechar de todo aquel que «haga ostentación de una excesiva pureza de vida» y «quiere que lo llamen bueno, sin que en realidad haga nada particularmente bueno». Bracciolini, que era un resentido y un *hater* tremendo, casi un trol, y pasó media vida redactando cartas de injuria e invectivas feroces contra otros humanistas y latinistas del momento, se afana en proporcionarnos una lista mucho más extensa de rasgos a detectar, pero estos dos deberían bastar. Pues lo que nos enseña este humanista rencoroso (aunque preclaro) es que es muy jodido ser bueno *(difficile est bonum esse)* , y que deberíamos guardarnos de la gente perfecta, porque a menudo *miente* . Oculta algo, joder, toda esa panda, tras sus ciclismos veganos y acciones solidarias (esto lo digo yo, no Bracciolini).

Pero volvamos a lo importante: *mi* historia. En el libro *Somebody's Husband, Somebody's Son* de Gordon Burn, la historia del Yorkshire Ripper, se dice de la mujer del asesino que «irradiaba desaprobación», y aunque mi primera tentación era atribuir este repelente rasgo de carácter a Billy, me doy cuenta de que en realidad sería más justo aplicarlo a quien les habla. He sido testigo a menudo de cómo una habitación se electrificaba a mi entrada, pero siempre me dije que era el efecto de mi magnética personalidad sobre los fans presentes. Veo ahora que mi mera presencia defecaba sobre el *mood* general.

Lo mismo solía sucederme cuando era niño y estaba a punto de oficiarse una sesión de espiritismo *low cost* (vaso, mesa de camping, dedos; sin tabla de ouija ni leches): el «médium» autodesignado siempre le preguntaba al «espíritu» si sobraba alguien de la concurrencia, y el jodido vaso se desplazaba hacia donde estaba yo de un modo indefectible y sin demora.

Siempre se trataba de mí, era algo bárbaro.

Ahora entiendo por qué me sucedían ambas cosas: *irradio desaprobación* , no hay otra, igual que la antipática señora Sutcliffe, aunque, eso sí, de una polaridad diferente a la de Billy. La mía *dura* y la suya *blanda* , por decirlo de algún modo. [5] Y esa desaprobación me ha costado, a lo largo de mi vida, además de la cena que nos ocupa, no haber presenciado jamás el milagro de la charla de ascensor con entidades paranormales.

En todo caso, me doy cuenta ahora de que esa sospecha de duplicidad, esa desconfianza verduzca que nace en el núcleo más profundo de mi persona, debe de fosforecer a mi alrededor, como una corona de desdén, tornándose visible o perceptible para mis interlocutores, sin que yo me dé cuenta; tal vez adoptando forma de halo, de vibración, incluso, por qué no, de fragancia. [6]

En honor a la verdad, debo decir que Billy no necesitaría siquiera emplearse en un proceso tan arduo como intentar ver a través de mí, al empezar a sentir cómo la lluvia de protones de mi radiación chunga acaricia su tersa dermis de clase media. Billy solo tendría que extender el brazo y leer sobre «esa desconfianza verduzca» en alguno de los innumerables artículos cómicos que he escrito a lo largo de mi carrera, artículos recopilados en libros [7] que la amiga de mi mujer tiene desperdigados por el piso con abandono. Libros que Billy un día, defecando sólidamente su dieta alta en muesli y aguacate y quinoa, ojeará desprevenido, topando por desgracia con algún párrafo donde yo doy rienda suelta a mis prejuicios inmemoriales (ver capítulo 4) y mis antipatías gratuitas.

Antipatías hacia gente *como él* , siendo claros.

Pero detengámonos un instante: pongamos que esto *no* es así. Pongamos, por amor a la discusión y en pos del proceso analítico, que Billy no ha leído nada mío, que (imposiblemente) no sabe nada de mí ni de mi obra filantrópica, nunca me ha escuchado bromear en público sobre cursilería, onanismo moral e hipocresía, como tampoco me escuchó antes, cuando farfullé lo del GAL en el baño, y además acaba de constatar, al finalizar su ejemplar tránsito intestinal, que efectivamente cuando se acabó el papel de váter coloqué un rollo nuevo la última vez que estuve sentado aquí (por culpa de su maldito guacamole).

Solo quedará una explicación posible: Billy sabe, o intuye, o huele, que *mi forma de ser atenta directamente contra su forma de ser* .

Que somos opuestos naturales, encarnaciones corpóreas de lo antipódico. «Los aborrecía a todos», afirmaba Thomas Bernhard 8 en *Tala* , «porque eran mis opuestos en todas las cosas de este mundo.»

A colación de lo mismo, Friedrich Nietzsche escribía en *Más allá del bien y del mal* :

> Estas frases 9 son tan antipódicas de mis oídos y de mis hábitos que, cuando las encontré, mi primer movimiento de cólera escribió al margen: ¡la bobería religiosa por excelencia! ¡Hasta que mi último movimiento de rabia terminó por hacérmelas gratas, esas frases, con su verdad puesta abajo! ¡Resulta tan exquisito, tan distinguido, tener antípodas propios!

La conclusión se antoja inevitable: *algo* en mí, mi cobarde ironía de tufo británico y mi descreimiento innato hacia lo «bonito»; mi petulante malicia y gratuitas invectivas; la clasificación jerárquica de afectos, gustos y personas; el modo en que valoro a la gente por su ingenio, humor y no-aburridez (en lugar de por sus obras de caridad, su ideología, o porque son «majos»); mi posible egocentrismo; mi presunta vanidad; mi superficial tendencia a no tomarme en serio nada ni a nadie (empezando por mí mismo); incluso mis orígenes chusmeros. Todo ello, digo, causará que mi interlocutor me mire –de un modo inevitable, de un modo involuntario (le tiembla un solo párpado cuando me interpela)– con un antagonismo mayúsculo, absoluto, inexpugnable.

Y no le culpo. Pues en verdad *existen* personalidades opuestas, antipódicas, como escribió Nietzsche, 10 y Billy y yo nos hallamos en los extremos polares de estas, para desgracia de esta cena íntima y de nuestras respectivas parejas. Cómo no verlo: todo entendimiento entre los dos a lo largo de esta velada condenada va a ser, ¡ay!, imposible.

Porque yo le odio *por quién es* , no por lo que haya hecho o deje de hacer esta noche, y lo mismo le sucede a él conmigo. Odiamos la identidad ajena, pues comprendemos que es una amenaza de cara a la nuestra, que su supremacía implica nuestra exterminación y viceversa, y quizás al final «solo puede quedar uno», como decía la pasable película ochentera *Los inmortales* (1986).

Serguéi Dovlátov explicaba de un modo magistral un escenario similar en su novela *Oficio* (1985):

> Cierta vez, Bítov golpeó a Andréi Voznesenski. Bítov fue puesto ante un tribunal de camaradas. La cosa se puso seria.
> –¡Escuchadme –dijo Bítov– y comprendedme! ¡Os contaré cómo fue! En cuanto os lo cuente, veréis que hice lo que debía. Y me perdonaréis de inmediato. Dejadme hablar. Fue así. Entré al restaurante. Me encontré con Andréi Voznesenski. Ahora, que alguien me explique, ¿cómo no iba a partirle la cara?...

Quiero que escuches esto, Billy: debes saber que yo también te pegaría un puñetazo a primera vista, igual que Bítov hizo con Voznesenski. Porque tú eres tú y yo soy yo, sin más (te ruego que intentes comprenderlo). Porque somos quienes somos va a pasarnos lo que va a pasarnos.

Para llegar a entendernos, para ser capaces de confraternizar y abandonar nuestra enemistad, tú y yo tendríamos que dejar atrás *todo aquello que nos hace ser Kiko y Billy* , bueno o malo, el mismísimo núcleo de nuestras personalidades, de nuestra *unicidad* .

Convertirnos, en pocas palabras, en *otra gente* .

No hace falta que te diga que eso no va a ser posible, joven Billy.

Tú y yo estamos condenados a ser enemigos *para siempre* .

POSFACIO AL CAPÍTULO

Mi esposa no quiso irse, pese a los enérgicos codazos que le estuve asestando a la hora del café y mi frase final de *drama queen* extraordinaria, [11] así que tuve que resignarme a abandonar la cena yo solo, para evitar males mayores (un gesto de puro altruismo que nadie me agradecerá nunca). Esgrimí una excusa brillante: los niños están solos en casa, y aunque están a punto de lucir vello testicular (no dije esto), me da miedo dejarlos tanto rato sin supervisión (esto sí). Lo dije con mi mejor sonrisa de no-enajenado.

La respuesta de Billy, en voz alta y hosca, para que lo oyera todo el mundo, dándome la espalda, fue algo que perfectamente podría haber dicho mi difunta madre: [12]

–Si te quieres ir porque estás *harto de nosotros* , vete, pero no pongas a los niños como excusa.

Auch.

2. Enemigos invisibles

Donde se hablará de la confusión temporal entre contrincante y aliado, y de ir de la mano de notorios antipódicos sin percibir que lo son (hasta que ya es tarde); se listarán las cinco posibles razones de este chocante pero humano desliz; se citará a Jonathan Ames, Plutarco, P. G. Wodehouse, Bonnie Jo Campbell, The Sopranos, *Natalia Ginzburg,* Gone Girl *de Gillian Flynn y al profesor-nube hippy de Gumball; y se soltarán imprudentes juramentos de que algo como esto no debería volver a suceder* .

> (...) y entonces me quedó claro que Ethan no podía haberse despertado un día, cuando teníamos diecisiete años, y decidido dejarme, tenía que haberlo estado planeando todo el tiempo. Me tomó unos años, pero comencé a ver que probablemente *me había odiado durante casi tanto tiempo como hacía que me conocía* . Vi en mi propio comportamiento que de manera sutil y mezquina había hecho que Ethan me detestara. Empecé a recordar todas las veces que fui cruel, cómo me reía cuando su hermano mayor lo golpeaba, cómo me reía cuando se hacía daño. Pero Ethan no tenía otros amigos y erigió una mentira increíble durante muchos años, esperando el momento en que fuera lo suficientemente fuerte como para no necesitarme en absoluto, y finalmente liberarse de mí. Yo lo quería, pero no sabía cómo querer, así que él *siempre me odió* y cuando estuvo listo me dejó. Y tuvo razón al hacerlo.

I Pass Like Night (1989),
JONATHAN AMES 13

Uno de los resultados más satisfactorios de haber sometido a estudio casos como el comentado en el capítulo anterior es la posibilidad de detectar al instante la calidad antipódica de algunos sujetos. Años atrás uno podía haber andado de la mano de más de un notorio antipódico, llamando hermano, *bro* o colega a quien en realidad era protoenemigo. Alguien que le había inspirado a uno desde el primer minuto una antipatía sorda y creciente, un desprecio subcutáneo cuyas vibraciones aumentaban en intensidad con los años, como la llegada del metro a la estación. Alguien que, de haber efectuado uno el más mínimo ejercicio de autoanálisis, hubiese sido el candidato perfecto para el viejo puñetazo en la nariz.

El filósofo griego Plutarco afirmaba en su tratado (de título autoexplicativo) *Cómo sacar provecho de los enemigos* , escrito entre el

año 90 y el 117 d. C., que «los que quieren salvarse necesitan amigos auténticos o enemigos ardientes». 14 Su libro, desafortunadamente, no daba instrucciones sobre qué hacer si uno era de los que a lo largo de su existencia se había hecho célebre por confundir ambas categorías.

No hay otro modo de decirlo: en el pasado he sido *amigo de enemigos* , y sobre eso versará el capítulo presente.

Pongamos que alguien, un «primo» mío, por ejemplo, se hallase inmerso en un caso típico de amigo-ayer-enemigo-hoy (antes de que pregunten, sí, se trata del mismo primo que sufría gatillazos regulares en su adolescencia y, en busca de soluciones, me obligó a consultar a algunos conocidos). Analizando el caso de dicho «primo» estaríamos a la vez examinando un patrón de conducta, y un tipo de personalidad, que sin duda serían los de mi pariente (se trataría de su *idiosincrasia)* , pero tal vez también coincidiesen con los del lector (pues a todos sin excepción nos aquejan los mismos humores y dolores).

Lo primero que convendría someter a juicio es por qué mi primo 15 decidió querer, y entregar su amistad, a alguien que por derecho propio debería haber pasado automáticamente a formar parte del club de antipódicos, o enemigos naturales.

Como respuesta a esta pregunta desearía aventurar un listado de posibles causas que tienen que ver de modo directo con la personalidad carencial a la vez que oh-*tan* -humana del bodoque de mi primo:

a) Narcisismo : es posible que a mi primo dejara de importarle quién era el otro, a quien escogía como compañero de viaje, porque en aquel momento valoró únicamente *su propia* existencia. La unidad de medida de mi primo en aquella encrucijada vital era su avance (artístico, espiritual, pero también meramente egocéntrico) en el mundo, las cosas que le satisfacían o le daban placer, y ante esa métrica acababan doblegándose todas las demás consideraciones. Plutarco afirmaba en *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* (escrito sobre la misma época que su libro sobre los enemigos) que el «amor propio y la arrogancia», adulándonos de antemano, nos hacían más blandos con los aduladores «de fuera», y nos predisponían hacia lo agradable y lo que «no causa tristeza», aunque fuesen un jodido saldo (Plutarco no dijo esto último).

Y eso es lo que le sucedió a mi pariente, es de suponer. Su amor propio desmedido, transformado ya en narcisismo de toda la vida, se convirtió en el renegado enemigo interior que le abriría las

puertas de la fortaleza al rival (o adulador) cuando se dormía o despistaba la guardia nocturna (su integridad, rectitud o sensatez). El equivalente sexual de esto sería, quitándole la parte de intercambio de fluidos corporales, que mi primo se encamara con alguien que le caía increíblemente gordo solo para extraer de ello un transitorio masajeo del ego.

b) Idealización y romantización : alguna gente no puede evitar idealizar las cosas, y para ese tipo de gente algunas ideas o mitos o imágenes son mucho más importantes que la realidad. Dios sabe que mi familiar ha incurrido en ese defecto numerosas veces (me pide que diga, en su nombre, que no se enorgullece de ello y que le gustaría pedir perdón en público). De hecho, la realidad, en el caso de mi pariente, ha sido forzada a menudo a doblegarse, esclavizada, ante el poder del mito y lo sublime. 16 La amistad es uno de esos valores realistas, más o menos cuantificables, que al llegar a las manos de mitificadores patológicos como mi primo pueden ser barnizados y revestidos de romanticismo, *sublimados* , hasta el punto de perder toda conexión con la realidad y transformarse en completas fantasías. Y, lo que es peor, a menudo por las razones más pedestres.

c) Vanidad/adulación : no existe nada más pernicioso para un artista, pero también para el ciudadano de a pie, que tener a un segundón besándole las posaderas de forma regular. «Los que alaban con mentira y sin merecerlo a un hombre, lo hacen soberbio y lo destruyen», dijo Plutarco en *Cómo distinguir a un adulador de un amigo* , un libro que –empiezo a ver ahora, tras citar catorce veces seguidas a su autor– mi pariente debería haber leído varias décadas atrás y no ahora, cuando solo le servirá para frotar jalapeños en las pústulas de su compunción. Pues a mi primo también le destruyeron a menudo las alabanzas y lisonjas de las que habla Plutarco, aunque luego extrajese de la experiencia un palpable provecho artístico. 17 El equivalente sexual de ello, si me permiten continuar con el símil, vuelve a ser el mismo que en el apartado a).

d) Inexperiencia : cuando uno jamás ha *tenido* algo, no sabe *qué* es ese algo, ni qué implica, ni qué unidades de medida benigno/maligno utiliza, ni cuáles son sus pros ni cuáles son sus contras. O dicho en tercera persona: por el lugar del que proviene mi primo –un mundo desprovisto de artistas y artisteo–, él jamás había tenido un «amigo artista», que era su idealización del momento, como hemos estudiado en el apartado b), y por tanto no podía juzgar hasta qué punto era normal o anormal ser amigo de

alguien que hacía que le rechinaran los dientes cada vez que soltaba una metáfora empalagosa para pedir una simple cerveza en un bar, y que para colmo copiaba vilmente sus escritos 18 cada vez que le daba la espalda. 19 El equivalente sexual, o más bien marital, de esto (a muerte con el símil) sería que mi familiar se hubiese casado con la primera mujer que le dijo algo bonito, por pura soledad y desesperación, sin antes efectuar un mínimo estudio de mercado. El gran P. G. Wodehouse en *Much Obliged, Jeeves* (1971) advertía contra el mismo error de juicio con palabras parecidas: «Uno se equivoca cuando busca a la chica ideal y se decide antes de haber recorrido todo el mostrador.» Cambien «chica ideal» por «amigo artista» y ahí lo tienen, espléndidamente expuesto.

e) Ínfulas de mentor : algo que es una consecuencia desafortunada de los puntos a) + b) + c) + d), combinados en garbosa ecuación. Dicho de otro modo: mi pariente se veía a sí mismo como el tutor legal, figura paterna o caballero andante de alguien, hasta tal punto que dejó de importarle si ese alguien (su aprendiz, subalterno o escudero babieca) le estaba robando la cartera o tirándose a su mujer o abriendo cuentas con su dinero en un paraíso fiscal (a otro nombre). En realidad es una variación, he reparado en ello mientras lo escribía, de la más mundanal *vanidad.* Mi primo se comportaba igual que el personaje de Junior Soprano en *The Sopranos* : ambicionaba ser jefe hasta un punto tan extremo, porque lo exigían desesperadamente su maltrecha autoestima y su dañado amor propio, que dejó de importarle que le enchironasen por ello.

f) Simulación e impostura : en algunas ocasiones dos personas son amigas porque ambas simulan ser quienes no son. Las encarnaciones impostadas de cada uno gustan al otro, y de esa impostura nace su amistad. Por supuesto, tal amistad está cimentada en material poroso, barato, que se vendrá abajo en cuanto caigan cuatro gotas. Como le sucedió a mi familiar en más de una ocasión. En el preciso instante en el que uno de los dos se arranque la máscara, empezará la enemistad. En la novela *Perdida* , de Gillian Flynn, la protagonista, Amy, reflexionaba con casi las mismas palabras sobre lo que sucedió cuando interrumpió la simulación de «Cool Amy» (una versión molona, completamente falsa, de su persona) y se mostró como quien realmente era:

«¿Puedes imaginar lo que es que le muestres tu verdadero yo a tu marido, tu alma gemela, y conseguir *no caerle bien* ? Así es como empezó el odio.»

Todo lo comentado en los puntos anteriores nos obliga a considerar desde otro punto de vista la cita inicial de *I Pass Like Night* de Jonathan Ames a la hora de aplicarla a mi pariente. Cuando mi primo estableció relaciones con ciertos amigos de pega, ¿era él Ethan (dejador) o era el narrador (dejado)? Mi familiar se había obligado durante años a ser amigo de alguien a quien empezaba a odiar de un modo tan intermitente como vehemente, y, al igual que suele sucederles a los alcohólicos encallecidos, le sobrevendría en más de una ocasión un momento de claridad reveladora («¿Qué hago yo con *este* ? ¿Y qué hace *él* conmigo? ¿Acaso no ve que *le odio,* y que él debería *odiarme a mí?»* , llegaría a decirme en alguna de esas ocasiones).

Eso me lleva a concluir, a su vez, que el Otro tuvo que percibir en algún momento aquel odio (no hay otra palabra), un odio que, de vez en cuando, cegaba su mirada y le sorprendía en mitad de sus lisonjas, como el reflector que sorprende al preso en mitad del robo con escalo, y ello, sumado a otro tipo de claridad, que es la de *saberse adulador* , verse a uno mismo como subalterno, y la ignominia que va emparejada a ello, sin duda provocó que el amigo-por-todas-las-razones-equivocadas de mi familiar, su antipódico disfrazado de *fratello* , terminara detestando a su vez a mi primo, como le sucedía al Ethan de la historia respecto a su narrador.

Permítanme, llegados a este punto, exponer un par de adicionales atenuantes –si podemos llamarlo así– al crimen –si podemos llamarlo así– de mi primo.

En primer lugar, en todos los casos sometidos a análisis, mi pariente se creyó temporalmente la mentira en un grado similar al de sus interlocutores/falsos amigos, lo que apunta a que fue tan víctima de las circunstancias como ellos mismos. Pues, en honor a la verdad, ¿quién es más culpable: el adulador o el vanidoso? ¿Cuál es el pecado de *mayor* categoría? [20]

En segundo lugar, ninguno de los aliados transitorios (luego enemigos irreconciliables) de mi familiar esperó –como afirma Ames– el momento de ser lo suficientemente fuerte «como para no necesitarme en absoluto, y finalmente liberarse de mí». De hecho, siempre se dio el caso contrario: la patología de reacción tardía de mi primo, similar a las cajas fuertes de apertura retardada de los bancos, provocaba que él necesitase entre siete y diez años de reflexión gota a gota, análisis completamente subterráneo, para darse cuenta de lo perversa y dañina y simplemente *errónea* que era la situación en la que se hallaban, hasta que en un instante Camino de Damasco de manual

decidía de un día para otro que no podía vivir en aquella situación ni un minuto más.

Huelga decir que la forma en la que mi pariente y el Otro vivían esta revelación amistad-que-es-enemistad-cómo-no-lo-vi-antes era disimilar en extremo. Pues al otro infeliz nadie le previno de que su amistad estaba a punto de ser cancelada. No recibió el maldito memorándum, la carta de despido, y le llegaron las noticias de la forma más tosca y menos amable posible.

Perdón, dice mi primo. Lo habría hecho mejor si llega a saber cómo (me dice que les diga).

Llegamos a la *verdadera* conclusión de este capítulo. «Elegí a mis aliados lo mejor que supe», escribía Bonnie Jo Campbell en su colección de cuentos *Madres, avisad a vuestras hijas* , 21 y estoy seguro de que lo mismo creyó hacer mi querido primo, incluso en las ocasiones más estrepitosamente fallidas.

Algunas veces le fallaron los demás a él, otras fue culpa de mi pariente (como le he dicho, sin tapujos, más de una vez). En otras ocasiones no fue tanto un caso de que se fallaran el uno al otro sino de que, como he ido explicando en las páginas previas, *nunca* deberían haber sido amigos. Su amor era contra natura, la vieja agua-y-aceite, por no decir más falso que un tratado de paz del Tercer Reich, y nada bueno, puro, sincero, productivo podía salir de aquello (más allá de la futura creación artística, como también he sugerido con anterioridad).

Mi familiar está a punto de cumplir cincuenta años, y me pide que les diga en su nombre que esta vez ha aprendido la lección. Que lo promete. Tardó *treinta* años en darse cuenta de que lo de los gatillazos les pasaba a todos los hombres y era *normal* , así que tampoco podemos considerar excesivo el lapso que ha tardado en comprender y asimilar esta reformulada ecuación de la amistad.

Quizás este humilde capítulo le sea de utilidad también al lector para evitarse los años de dolor mutuo, crueldad, *cringe* y mentira.

O, por el contrario, quizá le sirva para destinar esa enemistad a un buen uso. Pues lo cierto es que *necesitamos* a los enemigos, incluso cuando no lo parecen, incluso cuando les hemos mantenido cerca por las razones equivocadas, tomándoles por lo contrario de lo que eran.

Reelaborando la máxima de Plutarco que abre este libro, podríamos decir que quienes quieren salvarse necesitan amigos auténticos o enemigos ardientes, o *ambas figuras juntas* en una sola persona (si no hay otra cosa a mano).

3. Enemigos erróneos

O la ridícula falibilidad del odio (en doce sencillos ejemplos). Donde se ofrece la típica lista grata de leer que no solo aligera la densidad del texto y ameniza el libro con humorístico solaz, sino que también acierta a poner en tela de juicio las escasas teorías plausibles que se habían esgrimido en capítulos anteriores; donde se cita una canción de Skatalà y otra de Los Sencillos; donde se menciona a Voltaire (faltándole), así como al Stradlater de El guardián entre el centeno; *y donde se insinúa lo que sucedió en aquel viaje de fin de curso de EGB a Menorca, en junio de 1984, y lo que hizo aquel cerdo .*

A lo largo de mi vida he odiado, y he tenido enemigos, por las razones más peregrinas. Contrariamente a lo que afirmaba sobre los enemigos naturales en el capítulo 1, demasiado a menudo mi Radar de Enemigos se ha quedado sin pilas, o ha señalado a completos inocentes, o decidí apagarlo por motivos cuestionables (porque no quería escuchar lo que me decía, vamos).

Lo que sigue es, sin más dilación, una lista de motivos por los cuales jamás debería fiarme de mi odio, o mi olfato para con los enemigos, a lo largo de lo que me queda de vida.

1) Odiar a la persona equivocada : y me refiero *literalmente* . Me confundí de fulano, quiero decir. Les ofrezco solo un ejemplo y lo comprenderán de inmediato. Hace quince años, un caballero publicó una crítica devastadora y en extremo malintencionada de mi segunda novela, *Cosas que hacen BUM* (2007), en un suplemento cultural mayoritario. Su reseña iba a derramar sangre y era del todo personal (yo le caía inmundo, por razones aleatorias y, sospecho, de oídas). Aquel hombre tocaba en un grupo pop que por amor a la discreción llamaremos Los Boltons. Era una época no muy avanzada de internet, y yo ni siquiera conocía (o no me había molestado en investigar) el aspecto físico del infame. Hasta que un día, estando yo en el bar Heliogàbal, en el barrio de Gràcia, entró por la puerta un miembro distinto de Los Boltons (el batería, para más señas). Cuando alguien me notificó aquella información, yo (aventuro aquí un posible estado

de embriaguez) memoricé el rostro de aquella persona, archivándola *en lugar* del ignominioso calumniador. La consecuencia de esto ya la sospechan: pasé los siguientes diez años echando pestes y dirigiéndole miradas torvas al miembro de Los Boltons equivocado (que encima era una excelente persona). Esto me ha sucedido demasiadas veces como para no catalogarlo de habitual; incluso de *patológico* .

2) Odiar y dejar de odiar por la más pueril de las razones : tengo muchos prejuicios, tal vez lo hayan intuido a estas alturas, y uno de ellos es la literatura de cariz posmoderno. De hecho, tachen eso: tengo prejuicios, graves o leves, respecto a una cantidad notable de escritores contemporáneos de nuestro país, posmodernos o no. Pero no se inquieten: mis prejuicios son endebles, son pura fachada, están desprovistos del menor valor, soy un mierdas. Porque solo hace falta que uno de esos autores denostados, a los que no respeto ni leo, que incluso considero adversarios artísticos, diga en público que mis libros son excelentes para que ese sujeto deje *automáticamente* de estar en la lista negra. Vean, para más explicación, los puntos a) y c) del capítulo «Enemigos invisibles». ¿Cómo tomarse en serio a tamaño *veleta del odio* ?

3) Odiar por algo y ahora mismo no recordar qué era : listarles algunos de esos odios se parecería peligrosamente a releer los microfeudos olvidados que narra Voltaire en su breve pero insoportable *Cándido* . Estudiar mis más vetustas inquinas hoy en día sería como revisitar aquella trifulca entre Limp Bizkit y Rage Against The Machine en los MTV Music Awards del 2000: 22 algo que no le importa demasiado *a nadie* , ni siquiera a los implicados, ni siquiera entonces. Y que desde luego ya no me importa *ni a mí* , y eso que soy el centro del universo. He odiado a gente y a organizaciones e ideas en el pasado de todas las razas y credos y nacionalidades, pero a fe mía que en numerosos casos no recuerdo por qué cojones. Cuando pienso en aquellos odios marchitos me pregunto cuál era mi *beef* , cuál era mi puto problema, y no hallo respuesta a la pregunta. Más allá de que se trataba, claro, de mis prejuicios de mierda (ver capítulo 5).

4) Odiar y luego dejar de odiar, por puro interés : a veces interés común, sí, pero a veces completamente egoísta. Les ofrezco un EBE (Ejemplo Básico Esclarecedor): cada vez que me empleaba en un medio del que yo había estado echando pestes (en privado) durante años. De repente todo en mí eran frases esquivas y balbuceos de «necesito la pasta» y «solo los burgueses tienen

miramientos con estas cosas» para evitar decir lo que en realidad se fraguaba en mi corazón, que era DIOS DEL CIELO, ESTOY ESCRIBIENDO PARA EL MEDIO MÁS VOMITIVO Y DEGENERADO DE ESPAÑA, ESPERO QUE SEPÁIS PERDONARME .

En honor a la verdad, ahora que lo pienso (y no es una excusa), ese odio casi nunca desaparecía, solo se tomaba unas vacaciones (pagadas, valga el símil) hasta que, naturalmente, acababan despidiéndome o yo me iba del modo más acrimonioso y *drama queen* posible.

En ocasiones más auspiciosas he sido capaz de interrumpir mi odio de un modo no inmoral, siempre que me ofreciesen razones poderosas para ello («no nos arruines el fin de semana rural, Kiko») o simplemente me lo ordenara, arqueando una ceja, mi mujer. Lo cual significa que soy bueno o un calzonazos tremendo, pero definitivamente no un puto psicópata.

5) Acabar odiando lo que uno amaba años atrás y viceversa : si lo colocamos bajo una luz favorable, podríamos convenir que algo así es positivo, porque implica que el odiador es capaz de cambiar de opinión sobre algo. Si lo examinamos con mayor severidad, sin embargo, convendríamos lo contrario, porque se podría llegar a la conclusión de que el odiador es del todo inconsistente y cambiante respecto a los objetos de su animosidad. Por no decir que el hecho de haber anunciado a los cuatro vientos un odio que no estaba del todo ponderado pone en tela de juicio su prudencia y discreción, y le coloca en el apartado de Posible Notas.
6) Odiar desde una edad *tan* temprana que esos odios, en honor a todo lo que es justo, deberían ser reexplorados en algún momento, por si aún están vigentes o si, por el contrario, procede abandonarlos por caducos : por favor diríjanse al capítulo 5, «Enemigos instantáneos».
7) Odiar como reacción, porque uno creía que le odiaban, pero al descubrir que no era así dejar de odiar de inmediato : se parece un poco al 1). Esto me sucede, por ejemplo, cuando alguien, lector o fan desconocido, me reconoce en un bar y empieza a dirigirme miraditas de soslayo (a veces acompañadas de susurros y levantamientos de ceja dirigidos al acompañante, de haberlo). Esas miraditas yo las catalogo de inmediato como hostiles, porque nací donde nací y vengo de un mundo violento, y procedo a responder con una mirada de desafío llameante al individuo o individua en cuestión, quien, una de dos, o abandona el establecimiento lleno/a de perplejidad (y procede a quemar mis libros cuando llega a su casa) o se acerca a mí con intenciones conciliatorias, mostrando sus credenciales de fan/lector, momento

en que yo procedo a realizar mi lamentable *backtrack* de magnanimidad, negacionismo y contrición, simulando no haberle estado echando un mal de ojo gratuito durante la última media hora. Se trata de algo chocante de contemplar, si quieren que les diga la verdad. Por no decir completamente ignominioso y *cringeante* .

8) Odiar algo cuando en realidad uno debería odiarse a uno mismo, pues nadie más tuvo la culpa de aquella porquería abochornante : este, miren lo que les digo, no me apetece desgajarlo en profundidad. 23 Pero consiste en lo que propone el enunciado, y a su vez podría estar en cierto modo relacionado con lo que se cuenta en el capítulo de «Enemigos invisibles»: si te alías con alguien equivocado, es posible que la culpa sea toda, o en gran parte, *tuya.* Deberías odiarte a ti. Pero autoodiarse de un modo exhaustivo es complicado y quimérico y fatigoso, y por norma general culmina en depresión clínica y tal vez suicidio, así que uno opta, casi sin querer, por exculparse una pizca y redirigir su animosidad al incauto aliado-por-error. Odias *a la víctima* por *serlo* , si me permiten decirlo de un modo feo y, lo veo ahora, también vagamente violadoresco.

9) Odiar hasta que el odio se marchite de puro viejo : este se parece un poco al apartado 3), solo que en lugar de echarnos la culpa a nosotros mismos se la echaremos al implacable paso del tiempo, para variar. Ni siquiera yo soy tan degenerado como para seguir odiando a un enemigo de la EGB. Éramos niños, *no en sabíem més* , y todo eso. Aunque de repente me vienen a la cabeza algunos casos en que quizá debería prorrogarse el odio infantil. Junio de 1984, viaje de fin de curso a Menorca, tío, en el barco, colega, sabías perfectamente que la Olga me gustaba y yo a ella, nen, y a pesar de eso estuviste toda la maldita noche susurrándole mierdas al oído, como el puto Stradlater de *El guardián entre el centeno* , y diciéndome que estabais hablando de mí y que me fuera a la otra punta de la discoteca, por el amor de Dios. ¿Te parece eso bonito, basura? No me vengas con que teníamos trece años, escoria. Eso no va a salvarte. Lectores: ignoren este apartado, por favor. Ningún odio *justo* debería marchitarse.

Y, en cuanto a ti, sigues en mi lista negra, pedazo de mierda.

10) Odiar por ideas políticas : a no ser que sean neonazis, claro. De todas las listadas, esta es la que me produce un repelús mayor. Se me cae la cara de vergüenza, hablando claro, cada vez que rememoro algunas ocasiones en que he sido brusco, o he criticado duramente, o le he retirado el saludo o cosas peores, a alguien

solo porque sus ideas políticas no coincidían con las mías, o porque ellos se habían «vendido» y yo, naturalmente, no. Si algo me horroriza de este mundo es la superioridad moral (de izquierdas, a menudo) y la mirada panfletaria; todo aquel que se cree recto y puro y en lo cierto, mientras, cómo no, el resto de los zopencos andan irremisiblemente errados. Como cantaban Skatalà: «*Intel·lectual barato / tu vols la raó en tot / dones molta pena / no ets més que un pinfloit* !» [24] Y yo he sido, lamento muchísimo decir, en alguna ocasión poco más que un «pinfloit». Un flipado que no sabía ponerse en la piel ajena y se creía mejor que los demás, odiándoles por su imperdonable desliz.

11) Odiar por ignorancia : qué padre no ha oído alguna vez a uno de sus niños decir algo así como «¡No me gustan los espárragos!» para, al medio minuto, añadir la pregunta: «¿Qué son los espárragos?» La oposición desinformada y preventiva contra algo es una cosa de cerebros a medio formar, y debería desaparecer por sí sola cuando el niño cumple una determinada edad. A no ser que sean ustedes como yo, en cuyo caso seguirán odiando de forma gratuita hasta la cincuentena y más allá. Este punto 11), lo habrán notado, comparte no pocas tangentes con el 1). Al final se trata de odiar armado de información insuficiente, cosa que no recomiendo. Si vas a dedicarte a algo tan extenuante y con potencial oneroso como tener enemigos, al menos *get your facts straight* , que dicen los ingleses. Y desde luego no odies por lo del apartado siguiente.

12) Odiar por simpatía : tan pueril como el punto anterior, aunque algo menos deshonroso. Al odiar por ósmosis, simplemente para solidarizarte con alguien, como mínimo estás efectuando un acto colaborativo y empático con otro humano. «Eh, tú, no toques a mi amigo-o-o-o» (que cantaban Los Sencillos), y todo eso. Por desgracia, este rasgo, a primera vista positivo, forma también parte de la mentalidad de turba y los brotes linchatorios desde que el hombre es hombre. Cuando uno se une a una caterva de cabestros vociferantes armados de horcas y sogas y antorchas que marchan hacia el hogar de alguien, lo más probable es que uno no tenga cuentas pendientes *personales* con ese alguien. Uno hace suyos agravios o prejuicios de otros, o de la ralea no pensante, sin efectuar antes un examen del adversario, los hechos o su propia conciencia. Y eso es algo terrible.

A no ser que se trate de un agravio de clase, en cuyo caso está genial.

4. Enemigos: manual del usuario

Donde se le saca al fin algo de utilidad práctica a este negocio de tener enemigos e ir por la vida colérico y a la greña; se cita de nuevo a Plutarco, pero también Modern Family, *Edwyn Collins, Wright Morris,* Marcado por el odio *o William Hazlitt; se deja claro que estar enemistado afina el instrumento y despeja la mente; se aventura el concepto del enemigo como «maestro gratuito»; y, en suma, se recomienda el odio como un tónico infalible para la creación artística* .

Hasta donde puedo recordar, como les decía en el prólogo, siempre he odiado a alguien. Siempre he tenido enemigos. Soy incapaz de rememorar una etapa de mi vida carente de ellos, de alguien a quien detestar, un reflejo negativo, un *opuesto* , sin remontarme al parvulario o la cuna (e incluso allí seguro que cultivé enemigos; solo que no los recuerdo). En cada una de las estaciones de la vida he seccionado habitaciones por la mitad, asegurándome de dividir a quienes me rodeaban en amigos y enemigos, a menudo cuando no había necesidad para ello. En el servicio militar, en el instituto, en cada uno de los empleos que desempeñé antes de dedicarme a escribir... Podría agarrar una fotografía de ese instante y señalarles, uno a uno, quién era de los míos y con quién no me hablaba. En cierto modo sigo siendo así (simplemente he aprendido a disimularlo). 25

Sé que eso no infunde confianza a quienes hayan abierto este pequeño libelo por su potencial sanador. Lo cierto es que –acabemos con el malentendido lo antes posible– este libro no va a ayudarles a sobrevivir al odio, como anunciaba su subtítulo; al menos no del modo que imaginan. Pues lo cierto es que sigo odiando, sigo seccionando el mundo en propios y contrarios, sigo dejándome invadir por la inquina y el rencor y la excreción natural de ambos, que es el deseo de venganza.

En todas las biografías de dictadores locos se apunta que el fulano veía el mundo con gafas de «conmigo o contra mí», sin tonos intermedios ni opción de neutralidad. Me temo que soy como todos esos jerarcas chiflados. Por eso me identifico de un modo tan profundo con Adolf Hitler. 26

Con esas credenciales, lo único que puedo ofrecerles, lectores, en

este nuevo capítulo, es un manual de uso de los enemigos. Pues los enemigos *son* útiles, y pueden emplearse para el progreso creativo y personal. En los párrafos que siguen haré un intento de análisis del aborrecimiento hacia alguien y cómo hacerlo *útil* . Pues, como un entrenador decía de Rocky Graziano en *Marcado por el odio* (1956): [27] «Sería una pena desperdiciar todo ese odio.» Conviene identificarlo como tal, primero.

Comprenderlo, segundo.

Domarlo, tercero.

Y, por último, destinarlo a algo parecido al buen uso (pues, como verán en un capítulo posterior, desactivarlo por completo puede ser una empresa quimérica solo al alcance de los muy santos, muy espirituales o muy cachazudos).

Decíamos en el capítulo 1 que era perfectamente salutífero tener a antipódicos, u opuestos absolutos en forma personalizada, y tomábamos del filósofo griego Plutarco la idea de que un «enemigo ardiente» podía ser útil para la salvación de uno. Plutarco había hecho de esta idea una especie de proyecto personal, e incluso le dedicó al tema un libro entero de sus *Moralia* , el ya mencionado, y estupendo, *Cómo sacar provecho de los enemigos* . Su tesis, muy fácil de resumir, dirigida a todos aquellos «a los que les es imposible vivir sin enemigos», era simplemente que «lo más perjudicial de la enemistad puede convertirse en provechoso».

Hacerlo, nos cuenta el difunto griego, es más fácil de lo que imaginamos. En primer lugar, se trata de tomar al enemigo como «maestro gratuito». Un enemigo, por definición, va a estar siempre pendiente de nuestras cosas, especialmente de las «enfermas, malas y dolorosas», esperando que cometamos un error para abalanzarse sobre nosotros y robarnos, injuriarnos o dañarnos por cualquier medio a su alcance.

Esto, que suena a nuestros oídos como una receta para la paranoia drogota-freak, puede no obstante emplearse para el propio beneficio. Pues la idea de estar en perpetua vigilia personal, en constante *alerta* contra los ataques del enemigo, nos acaba forzando a llevar una vida irreprensible, y a corregir nuestras faltas antes de que se produzcan, y a ser (voy a soltar una frase que bordea lo vomitivo) la mejor versión posible de nosotros mismos. El modelo mejorado.

La clave reside en el hecho de *vivir siendo observado* , pero no de un modo narcisista o viéndose a uno mismo como el protagonista de un vídeo de Guns N'Roses o una película ochentera de boxeadores (con escena de *training montage)* . Cuando uno tiene enemigos vive la vida

en guardia . Tener enemigos nos obliga a estar despiertos y alerta, a cuidar de lo nuestro, a no dejarnos arrastrar por la vagancia, la negligencia, el hedonismo tontaina o la desatención.

A eso se refiere Plutarco cuando utiliza la fórmula «maestro gratuito» (le cito a continuación, las cursivas enfáticas son mías):

> El que ve que su enemigo es un rival de su vida y de su fama pone *más atención en sí mismo* , examina con cuidado sus acciones.

Lo anterior es aplicable a cualquier segmento de la sociedad, pero resulta doblemente válido para nosotros los artistas. Plutarco nos cuenta que los artistas dionisíacos de su tiempo, cuando peleaban entre ellos en los teatros, lo hacían sin esmero ni ánimo ni ganas, pero cuando se arrojaban a diatribas contra sus enemigos, cuando «existe contienda y porfía con otros, no solo se cuidan de estar más atentos ellos mismos, sino que también se cuidan más de *su instrumento*» (mis cursivas).

Es decir, cuando tienes enemigos cuidas mejor tu arte. Porque sabes que no puedes permitirte deslices ni blanduras ni indolencias: has de dar el mejor absoluto que puedas dar (discúlpenme si esto suena, de nuevo, a *coach* de fútbol norteamericano).

En el capítulo 16 de la séptima temporada de la serie norteamericana *Modern Family* , el personaje de Jay Pritchett (empresario del sector armarios, patriarca de la familia) decide plantar cara a un trol de internet que no cesa de postearle comentarios difamadores en su blog. Cuando llega a la dirección del trol, acompañado por su hijo Manny, descubre que el villano es ni más ni menos que su némesis histórica y competidor directo en el mundo armariesco, Earl Chambers. Tras enzarzarse en una zapatiesta que dura exactamente veinte segundos, y mientras los dos viejos enemigos tratan de recuperar el resuello, Jay se hace la pregunta que está en boca de todos:

> JAY PRITCHETT: *Why do we keep doing this* ?
> EARL CHAMBERS: *Who knows* ?
> MANNY DELGADO: *Isn't it obvious? You two need each other. It's what drives you* .
> EARL CHAMBERS: *The kid is right. Beating you is half the reason I get out of bed (...). We made each other better than I ever thought we could be. Pushed each other to greatness* .
> MANNY DELGADO: *We're talking about closets here, right* ? 28

Sí, Jay y Earl lo comprenden de repente. Ninguna de las fantásticas innovaciones en el sector del armario que cada uno ha realizado en su

respectiva empresa habría sucedido sin la competitividad y la autosuperación que les proporciona la existencia del otro.

La conclusión, de nuevo, se antoja inevitable: los enemigos mejoran tu obra. Se lo recomiendo encarecidamente; consíganse uno propio o, si ello no está al alcance de su mano, puedo yo prestarles alguna némesis mía venida a menos, o que ahora no esté utilizando (no hablo de ti, basura; *tú* sigues *vigente* , pensaba que había quedado claro).

Porque los enemigos te endurecen, te hacen más aplicado. No hay libro menor o libro de bolsillo (ni siquiera este) cuando uno vive su vida convencido de que los enemigos le observan y tratan de derrotarle. La injuria, las calumnias que nos dedican, pueden ser tan curativas como educativas, pues en lugar de arrojarnos a un paroxismo de rabia espumarajosa deberían empujarnos al autoexamen y la majestad.

¿Cómo decirlo? Tus *moriartys* van a insultarte igual, lector, pero dales cuantos menos argumentos te sea posible. No le entregues un revólver cargado al enemigo. 29 Si van a destruirte, que no sea con tu bendición. Que no te pillen jamás desprevenido. Espera siempre el sopapo, carga tus cañones, coloca a gente solvente en los puestos de guardia. Si el enemigo no ataca al alba, no pienses que has desperdiciado tu tiempo. La atención a este tipo de cosas no es *jamás* un desperdicio.

Y esa es otra: en ocasiones, el ataque que esperábamos no tendrá lugar. Es más: ni siquiera existirá enemigo merecedor del epíteto. Mi mujer me ha recriminado a menudo que me haya deslizado por rencores e inquinas con gente irrelevante, tipos que no incidían directamente en mi vida o solo se estaban cruzando en mi camino de forma completamente fugaz o no estaban a mi altura (dicho por mi mujer suena mucho peor).

Pero el foco no debe ponerse en el talante del enemigo, sino en *lo que el enemigo provoca en nosotros* . Da igual si les merecemos o ellos *nos merecen* . Da igual *si existen* , siquiera. Nuestro odio hacia ellos será el germen de algo bueno.

El autor Simon McCarthy-Jones afirmaba en su libro *Spite: The Upside of Your Dark Side* (2020) 30 que «no se trata sencillamente de que tengamos un lado oscuro y un lado luminoso. A veces nuestro lado oscuro puede crear la luz. Tenemos que empezar a buscar los orígenes de la virtud en el vicio».

Se lo diré en estricta primera persona: me levanté cada día a las siete de la mañana y pasé cinco horas al día trabajando obsesivamente, a lo largo de cinco años, en *Antes del huracán* y

Revancha , mis dos últimas novelas, porque tenía (o creía que tenía) enemigos que iban a intentar batirme, y no me podía permitir escribir una obra floja o mediocre. No podía ponérselo fácil, a todos esos hijos de rana.

Ese *vicio* (trabajar por despecho a mis enemigos) trajo una *virtud* (escribir novelas de calidad). La enemistad no era el objetivo ni la visión final, pero sí la zanahoria (o el bastón) que me mantuvo pegado al ordenador durante todos aquellos años. «Escribo por rencor», como no dejé de declarar a lo largo de las entrevistas que me hicieron por *Revancha* . Y era mayormente cierto.

El novelista Wright Morris lo expuso de forma similar en un diálogo memorable de su *Larga temporada* (1954): 31

> –Viejo amigo –dijo–, ¿piensas que soy un hijo de puta?
> –No sé qué pensar –dije.
> –Bueno, pues lo soy. Soy un hijo de puta desde hace tanto tiempo que voy a hacer algo bueno con ello. Voy a escribir el mejor libro que un hijo de puta haya escrito jamás.

Se trata, después de todo, de «hacer algo bueno con ello», como afirma el personaje de Morris. Si echo la vista atrás, hacia algunos artistas que me han inspirado o me han servido de referencia y faro, me doy cuenta de que la mayoría de ellos vivió con visión antípoda, creando *contra algo* tanto como a favor de algo, y que un número notable de aquellos «hijos de puta» vivió consumido por el rencor, el ansia de revancha y la idea de que el enemigo preparaba el cerco y había que a) permanecer vigilante o b) atacar primero.

Todos mis héroes eran *haters* , si quieren expresarlo así. Mis principales maestros pasaron su vida a la greña, rechinando los dientes y pensando día y noche en sus enemigos. Pues, como dice Plutarco, «muchas veces, por nuestro abandono y negligencia, no nos enteramos de que nuestros amigos están enfermos y se mueren, pero de los enemigos nos ocupamos incluso de sus sueños». 32

Tener un enemigo es, ciertamente, como estar enamorado: el Otro vive alojado en tu cabeza. Pero, al contrario de lo que sucede con el encaprichamiento sexual o romántico, que en muchas ocasiones solo sirve para llenarnos la cabeza de pajarillos y que escribamos poesía vomitiva, la enemistad nos tensa, nos alimenta, nos *despierta* .

Por no decir también que el amor es efímero pero el odio no. El pensador y polemista inglés William Hazlitt escribió en su imprescindible *On the Pleasure of Hating* (1826):

El amor se convierte, con un poco de indulgencia, en indiferencia o repulsión. Solo el odio es inmortal.

John O'Hara, Edwyn Collins, Kevin Rowland, Eduard Limónov, Billy Childish, Morrissey, John Lydon, 33 Jim Thompson (ver capítulo próximo) o Adolf Hitler, 34 por decir solo unos pocos, vivieron siempre con un odio inmortal hacia aquel *otro* . Todos ellos fueron artistas para quienes la visión del opuesto, la visión de *lo que no era* , la visión del enemigo, eran tan cruciales para lo que hacían como la visión creadora, el don, la dirección y el oficio.

Soy *esto* porque no soy *eso* .

Para algunos de ellos, de hecho, el odio era un ingrediente fundamental, indivisible de su trabajo. Edwyn Collins escribió canciones como «The Campaign for Real Rock» 35 por puro resentimiento y odio transparente:

The overrated hit the stage
Overpaid and over here
And their idea of counter culture's
Momma's charge account at Sears

And they're wondering why we can't connect
With the ritual of the trashed guitar
One more paltry empty gesture
The ashes of a burned out star . 36

Collins es un ejemplo inmejorable de la teoría del enemigo fructífero, pues en 2005 sufrió una hemorragia cerebral que casi le manda al otro barrio, y cuando emergió de ella (tras años de terapia), su talento musical permanecía, estrictamente hablando, intacto, pero habían desaparecido el vitriolo y la voluntad vitalicia de plantar cara al enemigo con palabras. 37 Cuando en una ocasión le pregunté a Collins qué pensaba de aquel joven enfadado que era su encarnación ochentera y noventera, prehemorragia, me respondió con las palabras «no le reconozco en absoluto».

No debería sorprendernos esta afirmación, como tampoco debería sorprendernos que –por mucho que nos alegremos de la recuperación del músico escocés– su música siga siendo agradable al oído pero esté casi por completo desprovista de fuerza, *spunk* o nervio. Pues la esencia, o una de las esencias, de lo que hacía Edwyn Collins era, seguro que lo intuyen, su rencor. Sus ansias de revancha.

Cuando estas desaparecieron también desapareció parte de su fuego interior, lo que le hacía único, lo que daba forma a su arte y lo

distinguía del ajeno.

¿Era el suyo un perfil *benigno* ? Tal vez no. ¿Era interesante? Sin duda muchísimo más que el presente. Incluso su mujer Grace Maxwell, que lo ama por encima de toda sospecha, afirmó en el documental *The Possibilities Are Endless* (2014) que el antiguo Edwyn, con sus frenesíes de ira, sus invectivas viciosas, su manía persecutoria, su obsesión oscura pero clarividente rencor, era alguien más divertido y, desde luego, más interesante que el Edwyn actual, con su amabilidad y fragilidad y letras sobre-todo-y-nada.

Edwyn Collins ha terminado pareciéndose a Teenage Fanclub, veteranos proveedores de rimas ramploncillas y melodías adhesivas para gente que no le exige muchísimo al pop, pero no fue siempre así. Hubo un tiempo en que Collins era un genio airado, un Shakespeare con flequillo. Porque estaba *enemistado* .

Consíganse, así, un enemigo.

Se lo aconsejo.

Un enemigo hará su vida mejor.

5. Enemigos instantáneos

Donde se vuelve a discursear en modo inventario para exponer los prejuicios inmemoriales del autor (en forma de vistosa lista): personas, actos o cosas que le han provocado un rechazo instintivo, a primer golpe de ojo, desde que tiene uso de razón, en muchas ocasiones de un modo injusto, en otras acertando de pleno; donde no se ofrecen demasiadas citas o clarificaciones, a decir verdad, sino que se permite que brote el flow *de la antipatía* .

De lo que se tratará en este capítulo es, en pocas palabras, de enumerar los *starters* de la enemistad inconsciente. Los dispositivos que me predisponen negativamente (a veces a simple vista, a veces tras unas pocas frases, o al presenciar una determinada acción) antes de que se haya realizado un análisis prolijo o consciente. Muchos de ellos resultan ser *prejuicios equivocados* , tomen nota de ello (se lo ruego), así evitaremos el farragoso intercambio de correos al mail del autor exigiendo explicaciones o, directamente, amenazándole de muerte.

- Hippies.
- Gente que camina con las puntas de los pies.
- Ecologistas *demasiado* concienciados.
- Hombres que simulaban que eran superamigos de las novias de otra gente pero en realidad lo que querían era acostarse con ellas. Sí, estoy volviendo a hablar de ti, escoria.
- Gente sin sentido del humor.
- Gente que no pilla la ironía.
- Gente que cuando le cuentas tu mierda pasa directamente a contarte su mierda sin comentar antes tu mierda.
- Gente que no sabe estar (y hace cosas como la anterior).
- Gente que tiene pinta de recriminarte algo que hiciste a los doce. 38
- Gente que va y te lo recrimina, sin darse cuenta de que algunas cosas *prescriben* , eso para empezar, y que no existe una *verdad única* .
- Familiares no muy cercanos que se toman confianzas porque te

vieron en pañales en 1972.

- Gente que cree que puede tratarte peor porque jerárquicamente/ laboralmente están supuestamente en un peldaño superior, o porque pertenecen a una clase pudiente.
- Gente tonta.
- Gente que no pilla las indirectas.
- Plagiadores.
- Plagiadores que simulan ser tus amigos.
- Amigos que repiten frases o bromas tuyas sin citar la fuente (plagiaristas de lo oral).
- Gente que proclama su amor por «la buena música». Melómanos que se autodefinen como tales, utilicen la ironía o no.
- Gente que cree que hay que defender a Bob Dylan, porque lo suyo «es poesía», y a la sazón salió en su defensa cuando sucedió lo del Nobel.
- Gente que de buenas a primeras te dice que hay que respetar las opiniones ajenas, sean cuales sean.
- Tacaños.
- Tacaños con las drogas.
- Gente que te mira como a un minino entrañable cuando les dices que no tienes estudios.
- Gente que te veja cuando no tienes estudios.
- Pijos que simulan no serlo.
- Pijos que están orgullosos de serlo.
- Pijos que no invitan ni a pipas.
- Pijos canallas.
- Pijos pacatos.
- Pijos.
- Gente que en una conversación sobre algo, o en mitad de una anécdota trepidante, te corrige lo menos relevante, solo para dárselas de algo («Sí, vale, decapitaste a aquel niño israelita y luego le pegaste fuego a un museo de arte contemporáneo, y es cierto que ibas desnudo y hablando en euskera –que desconoces–, pero eso sucedió en *junio* , no en julio»).
- Escritores serios.
- Escritores solemnes.
- Cualquier tipo de solemnidad.
- Los afectados.
- Los falsamente humildes.
- Los presuntuosos.
- Los pomposos.
- Gente que se expresa todo el rato mediante metáforas e imágenes,

incluso con civiles, incluso cuando no procede.

- Los cursis.
- Gente que solo habla de niños, y/o gente que ha hecho de su paternidad su identidad.
- Gente que utiliza las palabras «encanto/encantador», «magia/mágico», «adorable», «soñar», «entrañable», «majo», «mariposa», «diametralmente» y «espejo de azogue».
- Gente que solo se expresa con frases de segunda mano: «no me da la vida», «bueno no, lo siguiente», etc.
- Gente que te cuenta sus vacaciones (en Japón) con todo detalle.
- Gente de carácter fuerte que simula ser débil (ver «manipuladores»).
- Manipuladores.
- Gente que se permite ser arisca cuando (en tu opinión) tienen menos razones que tú para serlo (y tú te controlas).
- Gente desagradecida.
- Gente que cree que el mundo les debe algo.
- Políticos de carrera.
- Políticos del PSOE.
- Gente que te dice «pues a ti en 1987 te gustaban».
- Gente que te dice «pues a ti en 1987 NO te gustaban».
- Cualquier persona que te diga «has cambiado» o «ya no eres el que eras».
- Franceses.
- Cualquier piernas que esté *demasiado* contento de ser de algún sitio (exceptuando los bilbaínos).
- Hombres de letras.
- Críticos literarios (exceptuando a ese y a aquel, unas cuantas manzanas podridas no son el cesto, etc.).
- Poetas malditos, o cualquiera que se conduzca por el mundo con pretensiones de malditismo bohemio y opiómano.
- Gente que cree que el sexo tiene potencial redentor o iluminador, o que puede ser la puerta a cualquier tipo de elevación.
- Gente que utiliza o escribe la expresión «mis mejores orgasmos».
- Policías de todos los cuerpos (excepto la Montada del Canadá y esos del Vaticano que van vestidos como Pierrot + mona de Pascua).
- Guardias de seguridad.
- Cualquier figura de autoridad que a tus ojos no merezca su posición.
- Clasemedieros que envidian a la clase alta.
- Clasemedieros que escupen a la clase obrera.

- Mujeres *muy* guapas.
- Hombres *muy* guapos.
- Cualquier tipo de belleza física que te haga sentirte como una alimaña deforme.
- Gente que te cuenta siempre los argumentos y tramas de todo.
- Gente (a menudo de bagaje privilegiado) que habla muy lento y con mucho detalle de todo, sopesando cada punto en voz alta (mientras rellenan su pipa, o algo parecido), pues están convencidos de que sus farfollas merecen ser escuchadas íntegramente y el mundo *les debe* atención (ver «pijos»).
- Peña que se toma las vanguardias de los siglos XIX y XX mortalmente en serio.
- Cualquier persona que se tome algo, lo que sea, mortalmente en serio.
- Monjas.
- Monjes.
- Vicarios.
- Cardenales.
- Arzobispos.
- Salesianos.
- Cualquier religioso, vamos. Imanes y rabinos también.
- Fans que, tras elogiar una obra tuya, se sienten forzados (por nerviosismo, o estupidez, o porque están poco familiarizados con la apreciación no-irónica) a decirte algo terrible *(«Revancha* es el mejor libro que he leído en la vida. No como *Cosas que hacen BUM* , que me dio ASCO y es PENOSO . ¿Me firmas esto, por favor?»).
- Aduladores.
- Los *holier-than-thou* (dicho de otro modo, los que andan subidos al caballo de su superioridad moral).
- Escritores crípticos sin razón aparente.
- Esnobs.
- Gente que llama por teléfono y no se presenta al instante, asumiendo que vas a reconocer su voz a la primera inflexión, pues tal vez solo conozcas a una persona en todo el mundo y esa persona es tu interlocutor.
- Gente que te dice «¿te acuerdas de mí?» o «sabes quién soy, ¿no?». A veces sin quitarse la mascarilla anticontagio.
- Gente que se ofende muchísimo cuando, naturalmente, no los conoces de nada, ni siquiera cuando se apartan la mascarilla anticontagio de la faz, ni siquiera cuando relatan con detalle el día en que les conociste, y te muestran fotos donde aparecéis juntos, y en las que sostienes un periódico con la fecha de dicho

día. Pero nada, ni por esas.

- Gente que se esfuerza en demostrar intimidad contigo, tutearte o sacarte motes inapropiados solo por una insignificante anécdota de tu infancia o porque estuvisteis en el mismo bar durante unos pocos meses de 1988.
- Turistas de clase (ver «pijos»).
- Gente que simula ser pobre (ver «hipsters»).
- Hipsters (ver «pijos»).
- Gente a quienes interesas menos que ellos a ti.
- Gente que es incapaz de escuchar cuando habla otra gente.
- Todo aquel que base su vida en la gratificación instantánea y la búsqueda irreflexiva del placer a cualquier precio, y encima lo anuncie a los cuatro vientos. Hedonistas que se llaman de ese modo a sí mismos.
- Gente que acaba de descubrir algo y, emocionados, te lo explican como si tú no lo hubieses conocido en 1985 y, peor aún, continúan explicándotelo incluso cuando les comentas que se podrían ahorrar todo aquello, porque tú eres fan desde 1985.
- Gente que no comprende el gusto ajeno («¿Cómo? ¿No te gusta Tom Waits? ¿Por qué? No lo *entiendo»)* .
- Cualquier persona que haga una afirmación no irónica o no chistosa sobre Dire Straits.
- Cualquier persona que haga una afirmación no irónica o no chistosa sobre Radiohead.

  (Me doy cuenta de que esas dos frases anteriores podían repetirse hasta el infinito con centenares y centenares de grupos, así que lo dejo aquí.)
- Gente que se empeña en hablarte del «problema catalán». Aunque dejes claro que te importa un bledo, o estás de vacaciones, o por si no lo han visto estás con los pantalones bajados y sentado en la taza del váter.
- Cualquier persona que haga una afirmación no irónica o no chistosa sobre Ayn Rand.
- Gente que intenta convertir en épico lo que por naturaleza propia no puede serlo (una infancia lectora; la vida estudiantil; la paternidad clasemediera occidental; el verso libre, etc.).
- Gente que se toma de un modo personal lo que no lo era en absoluto, o era una chanza de cariz generalista y de sal gorda (como por ejemplo esta lista y el libro entero).
- Gente que en conversación en catalán o castellano pronuncia las palabras foráneas o los nombres de ciudad, etc., con el acento del país en cuestión (ver «Los afectados»).

- Gente que confunde debilidad con mérito y cobardía con virtud.
- Gente que habla mal de otra gente, pero luego les ves todo el día de birras con ellos (ver «hipócritas»).
- Gente que siempre viene a contártelo cuando alguien ha hablado mal de ti, han visto una crítica mala de una obra tuya, etc. (la experiencia me dice que estas personas son enemigos invisibles a quienes aún no has detectado).
- Gente que se cuela en colas, en atascos, etc.
- Los maleducados, en general.
- Los jetas.
- Los *menefreghistas* .
- Los indolentes.
- Gente que cree ser buena en su trabajo pero es atroz y va a hundirte, a ti y a cualquiera que les emplee.
- Gente a quien siempre le han dicho que es la monda con pan pero no lo es (y te toca a ti iluminarles con la terrible verdad).
- Gente que se queja de –o no realiza el menor esfuerzo para entender a– la juventud.
- Los *squares* que se ciscan en el trap y el reguetón, sin darse cuenta de que son *exactamente* lo mismo que el ska o el punk (ver punto anterior).
- Gente que siempre te dice que fue más guay o más divertido aquel otro día en que tú no estabas.
- Gente que define un día en que tú no estabas como «el día más divertido de mi vida». 39
- Gente que define una época en que tú no estabas en activo o aún no habías nacido como «los buenos tiempos», la «edad dorada», etc.
- Los viejos rockeros.
- Gente que valora la técnica por encima del espíritu o la energía.
- Gente que cree que basta con el espíritu y la energía, y prescinden de técnica y oficio (ver «indolentes»).
- Gente que cree que «así ya está bien», «nadie lo va a ver», «es normal que haya fallos», etc. (ver «indolentes»).
- Las *tietes* y el tietismo. 40
- Gente que simula que la manía que te tienen no es antipatía inconsciente, como muchas de las citadas y explicadas en este libro, sino algo demostrable empíricamente y con *hechos* . Pero es solo tirria. O envidia, que es peor.
- Los envidiosos.
- Los celosos.
- Cualquier persona que no me lea.

- Gente que te tacha de *hater* , por lo anterior y lo que sigue.

6. Enemigos estériles

O cómo no sobrevivir a la ira. Un capítulo tirando a sombrío donde se contradicen las hipótesis más halagüeñas y utilitarias que se aventuraron en capítulos anteriores; donde el escritor se queda abatido al rememorar la esterilidad de alguno de sus aborrecimientos, y confiesa los pavorosos ataques de llanto que sufre al ver imágenes en apariencia idílicas, como la llamada «foto del cucurucho azul pitufo»; donde se analiza a fondo la cólera infértil y se acuña el concepto «septicemia del alma»; donde se cita a Jawbreaker, Jim Thompson, Iósif Stalin y Friedrich Nietzsche (por enésima vez); y donde, en suma, van a leer mal karma en estado puro .

O también puede hacerla mucho peor. Su vida, digo (estaba continuando donde lo dejé en el capítulo 4). No era mi intención llevarlos a engaño. Lo cierto es que hay una forma *errónea* de tener enemigos, una que (naturalmente) he experimentado en mis propios pellejos, pues la premisa principal de un escrito en primera persona es que el autor haya pasado por todas las desventuras de las que habla, por bochornosas que sean, y así su trabajo cumpla una función cautelar.

La ira infértil, la enemistad estéril, es la que, por su propia intensidad (no reñida con puerilidad) paraliza, corroe y estriñe y desvela, sin que su energía se convierta en combustible para un objetivo concreto. De esa cólera no van a nacer grandes libros, como aventuraba, tan campante, aquel personaje de Wright Morris. Esa obcecación por el adversario no va a liberar pueblos oprimidos ni conseguir grandes reformas de las leyes raciales. Nietzsche decía «¡qué personales hace a los hombres un temor prolongado, un tener fijos los ojos largo tiempo en enemigos, en posibles enemigos!», 41 pero a veces no sucede así, Federico. A veces el odio no solo no nos personaliza, sino que nos inyecta inquina en las venas, produciéndonos ensoñaciones lóbregas que devienen pesadillas en toda regla y sarcasmo carcinógeno en cada una de las palabras que utilizamos (palabras que impactarán en la jeta del primer incauto que pase por allí); a veces, ese odio solo sirve para que uno padezca insomnio, dispepsia y desgaste de molares.

En el capítulo 4 luché por convencerles (y convencerme a mí mismo) de que importaba poco si el enemigo lo era de veras, pues solo importaba lo que dicho adversario, por mindundi que fuese, provocaba en nosotros. Lo fundamental era que nos *acrecentara* . Pero ¿y si la enemistad, en lugar de engrandecernos, nos *empequeñece* ? ¿Y si lo que provoca ese don nadie es la pataleta más burda y mundanal que jamás hayan experimentado? ¿Qué sucede cuando nuestra tirria brota de nuestra parte más…, cómo decirlo…, *mediocre* ? De nuestro lado espantosamente convencional y centrista e *insignificante* .

Todos recordamos estancias en casas rurales con amigos y amigos de amigos, y esa otra peña que llegaba siendo esto último pero desaparecía de allí, el día de quitar las sábanas y tirar el reciclaje, convertida en enemiga temporal, gente de la que vas a malhablar durante unas cuantas semanas, hasta que se te olvide lo que te hicieron.

¿Y qué te hicieron?

A eso voy.

Nada .

Cualquier bobada. Eso es lo que hicieron. Cualquier estupidez que a ti te pareció intolerable, imposible de soportar, una verdadera afrenta en tu cara: consentir a sus niños; escoger las mejores habitaciones; no depositar su taza sucia en el fregadero; monopolizar la conversación; *aburrirte* ; vetar tu entusiasta propuesta de visita cultural porque estaba demasiado lejos o las curvas mareaban o qué sé yo.

No trataron de robarte la mujer, ni abusaron de tus hijos ni te jodieron la infancia entera con su adulterio paterno: ese sujeto o sujeta que te mantiene despierto por la noche, que te hace mascullar imprecaciones pavorosas y genocidas en mitad de la calle cuando recuerdas que sigue vivo, que te hace meterles puñetazos a las paredes y de quien comentas, en *petit comité* –especialmente cuando bebes en demasía y bajas la guardia y pierdes del todo la prudencia que tu mujer te enseñó a manejar–, que es una sabandija avariciosa y vil y maniobrera, ese sujeto, digo, tal vez solo pidió realizar una parada para mear de más en vuestro último viaje al norte.

O tal vez, vete a saber, no manifestó suficiente entusiasmo a la hora de felicitarte por tu última novela. Quiero dejar claro un fenómeno que tal vez desconozcan: solo un escritor puede convertir un «bastante» en un agravio vitalicio. Si me esfuerzo, aquí y ahora, podría listarles, con un margen de error desdeñable, la gente que a lo largo de mi carrera ha dicho que mis libros les gustaban «bastante» (y fueron a la lista negra de cabeza).

De hecho, ahora que lo pienso, en el marco mental adecuado,

incluso un «mucho» puede tomarse como una ofensa imperdonable, si se pronuncia sin la entonación correcta, o por mera convención social, o incluso si se dedica a la obra que tú consideras que no lo merece.

Es de locos. Pero es así.

Se lo explicaré con otro ejemplo real, si me lo permiten: en mi nevera hay, hoy en día, sujeta con imanes, una foto de mis dos hijos comiéndose un cucurucho azul pitufo. La llamaremos, en un alarde de imaginación, «la foto del cucurucho azul pitufo». Mis hijos deben de tener, en la época que recoge la instantánea, tres y cinco años, tal vez menos. Llevan camisetas de tirantes y crocs, y su cabello calabaza lanza destellos bajo un sol playero del sur de Francia. Están, como suele decirse en estos casos, para comérselos. Recuerdo perfectamente el día del año en que se tomó la fotografía, y por ello, cada vez que paso por delante del frigorífico o lo abro para embutirme un desaconsejable trozo de chóped en la boca, un auténtico torrente de amarguísimas lágrimas brota de mis ojos, cegándome (un día de estos va a suceder una catástrofe, cuando con los ojos empantanados y la visibilidad nula acabe ingiriendo, en lugar de agua, un trago de aguarrás de la alacena contigua).

Porque aquel día, un día maravilloso de una de las épocas más enloquecidamente enamorantes de mi paternidad, lo *desperdicié odiando* . Pasé aquella jornada de infinito potencial paternofilial masticando mis propios carrillos y mascullando epítetos despectivos entre dientes y calumniando al vecino y envenenando mi propia sangre.

Y ¿quieren que les diga a continuación *qué* es lo que odié con tamaña intensidad, la intensidad suficiente para arruinarme el día entero, casi las vacaciones completas?

No consigo recordarlo.

A fe mía que no, por mucho que me esfuerce.

Pero sí sé que era algo intrascendente, una fruslería lamentable, una pequeñez indigna. Eso era: *una pequeñez indigna* . Por algo o alguien que ni lo merecía, o ni era consciente de haberlo provocado, y desde luego aunque así fuese no debería haberme afectado de aquel modo apocalíptico. Pero lo hizo. Despertó mi lado peor, mi *demon* negruzco, ese sector vergonzoso, yermo, pestilente, de mi espíritu. Lo pequeño y amargo y resentido-por-nada, vengativo de mierda, rata viciosa, *escurçó* infame.

Lo cantaban Jawbreaker en su «Better Half»: 42

Hey, this is serious business, and I’m gonna hate myself

Still I just can’t wait to begin
The monster inside me can’t be talked out of anything
He’s got an appetite, no he’s hungry now
I just gotta restrain him, the seam inside me grows
Kiss your better half goodbye . 43

Y cada día que vuelvo a empapuzarme de pernicioso chóped no puedo evitar pensar, al examinar «la foto del cucurucho azul pitufo», que dejé escapar mi lado mejor *por nada* , y una cascada desmadrada de llantos acerbos se me desborda por toda la faz, y eso, ese momento, desmiente el libro que están leyendo, desautoriza una parte notable de las páginas previas, es imposible no verlo, es como para devolver este maldito tratado, exigir que les devuelvan el importe íntegro.

Porque tener enemigos, cuando es así, no sirve para nada, no cumple función alguna, solo va a joderte la vida. En casos como estos, al contrario de lo que afirmaba el autor de *Spite* (ver capítulo 4), el vicio no crea virtud. Tu ira, tu animosidad y antipodicidad, van a ser como un motor conectado al aire, un gasto absurdo de combustible, una inercia en movimiento que únicamente quema fuel y te reduce el espíritu a cenizas, sin que al finalizar el proceso tengas nada que mostrar por ello.

Nada más que el vacío y la desesperación y la amargura más ponzoñosa: una maldita septicemia del alma.

Y, al contrario de lo que se insinuaba en el capítulo «Enemigos erróneos» (más concretamente en el punto 3), «Odiar por algo y ahora mismo no recordar qué era»), no tiene la menor gracia.

Lo sé: vaya bajón. El único método que se me ocurre para curarnos de tanta y tan deprimente pequeñez es, paradójicamente (como sucede con las vacunas), insuflándonos una dosis no letal de lo mismo. Me refiero, naturalmente, a chutarnos pequeñez ajena, que duele menos. Echemos un vistazo al prójimo, ese mentecato, y alegrémonos de que sufra tanto o más que nosotros. Congratulémonos *schadenfreudescamente* con el mísero hecho de que no somos más que humanos, y por tanto estamos sujetos a las mismas carencias y pecadillos que el piernas que va delante en la cola de la pollería o espera junto a nosotros en el portal de la *crackhouse* . No somos ni más ni menos que ese pringado. Todos hemos odiado mal, y pagamos y pagaremos por ello, y hemos arruinado medias vidas o vidas enteras haciéndolo.

Vidas nuestras o ajenas, que es casi peor.

Caso práctico #1: Iósif Stalin

El dictador soviético y campeón del mundo de genocidios posee también el dudoso título de tipo más rencoroso y receloso de la historia. Alan Bullock, en su libro *Hitler y Stalin. Vidas paralelas* , sugiere que el suyo era «un caso típico de paranoia aguda» [44] y que su «motivación principal como revolucionario estaba teñida más de odio y resentimiento que de idealismo». Al viejo Iósif no se le olvidaba jamás una injuria, imaginada o no (tenía una «memoria infalible para retener cualquier insulto»), [45] y combinaba esa maravillosa memoria con una determinación implacable a cobrarse venganza, «no importa cuántos años pudiesen haber transcurrido».

Quizás mi frase preferida del libro sea una cita del propio Stalin, que Bullock menciona en el capítulo «Comparaciones entre Hitler y Stalin», y que el presidente del consejo de ministros de la URSS soltó un día en que le preguntaron cuál era su idea de un día perfecto:

> Poder planificar una venganza artística sobre un enemigo, luego llevarla a cabo con suma perfección, y después irme a casa y meterme pacíficamente en la cama.

Naturalmente, como imaginan, dicha venganza distaba de convertir el día en «perfecto». Bullock explica (aportando cuantiosos datos) que Stalin era profundamente infeliz, como lo sería cualquier persona regida por el odio, la paranoia extrema, el sentimiento de inferioridad y el rencor (sé de lo que me hablo), y que de hecho, como aventuró la viuda del menchevique emigrado Fiódor Dan, «esa infelicidad suya quizá sea su mayor rasgo humano, a lo mejor el único rasgo humano que hay en él».

No pretendo extenderme sobre Stalin más de lo necesario. Solo querría finalizar la vista de su caso comentando un rasgo de su personalidad que, de nuevo, me resultó enormemente familiar. Svetlana, su hija, afirmó que cuando afloraba la «naturaleza implacable y cruel» de Stalin, es decir, cuando empezaba a albergar resentimiento contra alguien, y a sospechar que un amigo podía en realidad ser enemigo, [46] «el pasado dejaba de existir para él. Años enteros de amistad y de lucha codo con codo por una causa común podían muy bien no haber existido nunca. Podía borrarlos de un plumazo, y el señor X se veía condenado a muerte».

Pasaré de puntillas sobre la primera persona que planea de un modo damocliano sobre este último párrafo, y solo dejaré caer que, en todas y cada una de las ocasiones en que me he peleado con alguien cercano, ese alguien *ha desaparecido de la historia* . Eso no es lo mismo que decir que consiguiese borrarle de mi memoria (como decía Thomas Bernhard que alcanzaba a hacer con los objetos de su aborrecimiento). [47] En mi memoria permanecían apalancados para

siempre, si bien transformados en enemigos, con las ventajas e inconvenientes [48] que suponía su nueva situación.

Pero, a efectos públicos y memorísticos, nuestra amistad *nunca existió* .

Ya ven por dónde voy: exactamente igual que Stalin, y por ello preferiría detenerme aquí. No quisiera ser asociado más de lo estrictamente necesario con un hombre que fusiló por motivos políticos a 800.000 personas, y que directa o indirectamente mató de hambre a seis millones más, y cuyo cómputo final de muertes se aproxima (las fuentes más conservadoras) a los NUEVE MILLONES .

Caso práctico #2: Jim Thompson

Jim Thompson, un escritor que cuando era bueno era increíble, pero cuando era malo no se quedaba corto, [49] fue también un hombre profundamente resentido y rencoroso. En *Arte salvaje. Una biografía de Jim Thompson* , [50] el autor Robert Polito escribe: «Sabemos por su hermana Freddie que durante los años veinte [Jim] Thompson (...) llevaba al día una libretita negra.» Según la hermana, «era una especie de bloc. Jimmie me dijo que contenía los nombres de todos aquellos que alguna vez se habían portado mal con él o le habían contrariado, y que algún día se las devolvería todas con creces».

Huelga decir que, al contrario que Iósif Stalin, resulta dudoso que Jim Thompson se la devolviera «con creces» a nadie. La venganza requiere cierto poder y medios y tiempo para realizarla, y Thompson no disponía de ninguna de las tres cosas. Es de suponer que su desquite, de haberlo, tomaría la forma de una respuesta brusca tras el segundo whisky, o una amenaza (incumplida) de hostias seguida de bailecito heavy [51] en el aparcamiento del Musso's Bar & Grill.

Pero no. Por suerte no fue así, tampoco. En la práctica, Jim Thompson, por muy infeliz que fuera con su constante animadversión, acabó haciendo lo que todos los artistas no-blandos hemos realizado desde el principio de los tiempos: transformó su inquina y revanchismo en ARTE : [52]

> –Desde que tenía siete años llevo una libretita negra. Apuntados en ella hay ciento ochenta y dos nombres, uno por cada sucio bastardo que me ha hecho pasar un mal trago. He estado preguntando y puedo conseguir que los liquiden por un precio medio de mil dólares.
>
> –Hijo... –El padre meneó la cabeza, horrorizado–. ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo se te ocurre siquiera pensar semejantes cosas?
>
> –Pensar en ello es lo único que me ha mantenido con vida –dijo el joven–. Podría morir feliz sabiendo que me voy a llevar a todos esos cabrones al infierno conmigo. [53]

Quizá ese sea, y con ello finalizo el capítulo, el único antídoto que en realidad funciona. No me refiero a llevarnos a todos esos cabrones al infierno con nosotros (por deseable que se antoje), sino a transmutar el rencor en escritura. Este libro es prueba de ello (aunque la escritura, como también han ido viendo, no cauteriza o cancela el rencor).

7. Enemigos evaporados

Un capítulo extrabreve donde se ofrece, tras tanta garambaina, una auténtica solución al odio y la ira, solo que (como los deuvedés americanos, que solo funcionan en su zona) no resulta aplicable en ciertas personalidades; donde se citan los Ensayos *de Michel de Montaigne, Flannery O'Connor y «My better half» de One Last Wish; donde parece que va a terminar el libro, pero al final resulta que no; y donde se pone el punto final con una frase que llama a partirles la cara a los enemigos, lo cual está en conflicto directo y niega todo lo dicho en este capítulo, así como anticipa los horrores del siguiente* .

Naturalmente, existe una forma mejor de disolver y dejar atrás el odio (que la mencionada en la sección previa). No la he sacado a colación hasta este punto porque quería evitar infundirles esperanzas vanas y luego asestarles el cogotazo letal al final del libro. «Mantener la calma ante un enemigo y no ceder ante la cólera», nos dice Plutarco, es lo más «digno y hermoso que hay». Pero del dicho al hecho hay un largo y proverbial trecho. ¿Cómo rayos te las apañas si tu problema es *precisamente* que cedes ante la cólera? ¿Cómo accedes a ese estado de dignidad y hermosura ante la bastardez ajena, si esa misma bastardez te envuelve en una furia enajenada que no atiende a razones?

La máxima de Plutarco para algunos de nosotros resulta tan quimérica y *sci-fi* que, ya puestos, podría haber dicho que, «para mantener la calma ante un enemigo, lo mejor es abandonar tu carcasa física y convertirte en un pensamiento puro que flote en armonía con el cosmos» o «lo mejor que puedes hacer es mudarte a Saturno X6, a la nueva colonia terraformada donde imperan la paz y la empatía y les son desconocidos sentimientos como los celos, la ira y la venganza».

Algo más adelante, en el mismo libro sobre *los enemigos* , hallándose en pleno subidón epigramático, Plutarco se atreve a afirmar que nos debería hacer felices ver a los enemigos consiguiendo «de manera vergonzosa y grosera poderes en los palacios o en los Estados», aunque lo hayan conseguido «halagando o siendo malvados o corrompiendo o trabajando a sueldo», porque a ello le opondremos «nuestra propia libertad y nuestra limpia e irreprochable forma de vida».

Maldita sea, Plutarco. No me jodas, hombre. De qué nos sirven la libertad y la irreprochable forma de vida (la mía no es tan irreprochable, a decir verdad) si, enfrentados al «convenio de discreción» del que hablaba Gombrowicz, [54] «todo ese cúmulo de ficticios goces, admiraciones y deleites» que se dedican unos a otros los enchufados y sátrapas y mediocres del mundo, todo ese te-froto-me-frotas que es el escenario por defecto de la mayor parte de la cultura nacional, no podemos evitar arrancarnos mechones de pelo a tiras y denostar y prometer terribles desquites y sangrientas venganzas a berridos. En el balcón de un patio de vecinos.

¿Cómo se toma el camino digno y mesurado ante algo así cuando uno es *asá* ?

Aunque uno no desea ser asá (permítanme un inciso). No se ha comentado a lo largo de este pasquín, pero se sobrentendía. Lo que uno desearía, como cantaban One Last Wish en «My Better Half», [55] es relacionarse con el mundo como si este fuese su aliado, no su enemigo.

I would engage the world as my ally
I would engage the world
Against jealous fear and bitter ambition
That only aspires to the done and the dead . [56]

Y que al final hablase el lado mejor de uno.

No hace falta que les diga que raramente sucede de este modo.

A alguna gente le resulta más fácil que a mí, según parece, lograr que hable su lado mejor. Cierto noble francés muy relajado (algunos dirían *demasiado)* llamado Michel de Montaigne ofreció una respuesta a la pregunta de cómo tomar el camino sensato; una respuesta que, sin embargo, sospechamos no lo es tanto, pues tenía que ver directamente con su forma de ser, no con su actitud.

Sarah Bakewell, autora de *Cómo vivir. Una vida con Montaigne en una pregunta y veinte intentos de respuesta* , [57] explicaba que Montaigne «olvidaba con facilidad cualquier desaire que le infligieran los demás, y por tanto albergaba menos resentimientos. En resumen: se presentaba a sí mismo como si flotara por el mundo sobre una manta de benevolente vacuidad».

Todo apunta a que volvemos a caer en la paradoja plutarquiana: ya, Michel, entendido, pero ¿qué hago si la única forma en que *yo* floto por el mundo es como una ominosa nube de gas mostaza, o un

ardiente rociado de *agent orange* sobre villorrio camboyano?

El apacible escritor francés también tenía una respuesta para ello, que expuso en el tercer volumen de los *Ensayos* . Cada vez que se veía afligido por una «pena abrumadora», comprendiendo que los poderes de la razón no bastaban, y que de haber tirado solo de ellos habría acabado colgado de un pino, Montaigne cogía y *dirigía sus emociones hacia otro lado* . Realizaba el equivalente filosófico de engatusar a un niño cargante forzándole a mirar hacia la esquina opuesta y, en el ínterin, canjeándole el gravoso sonajero por un peluche mudo (o un chupete untado en morfina).

Ese truco, que él aplicaba a la tristeza desesperada, podía usarse también para otra emoción no deseada: la ira. De hecho, la gente le hacía llamar para solucionar esa neura concreta, como se haría hoy en día con un psicoanalista especializado en *anger management* . En una ocasión curó a Enrique de Navarra (futuro Enrique IV) de lo que Sarah Bakewell define como «una peligrosa pasión por la venganza». Montaigne, aparentemente, no le dio ninguno de los consejos de mierda que en este tipo de casos suelen dársenos a los airados y vengativos: «no vale la pena», «pon la otra mejilla» o «hay un artículo en el código penal que castiga exactamente lo que te dispones a hacer con esa caja de zapatos, ese zurullo humano y esos sellos de correos». Lo que hizo Montaigne, de nuevo, fue sortear por completo los sentimientos de ira y venganza y, al modo sonajero-peluche, redirigir la mirada del príncipe hacia «la belleza de una imagen contraria: el honor, el favor, la buena voluntad que adquiriría mediante la clemencia y la amabilidad. Le desvié hacia la ambición».

Leído de este modo me temo que no suena tan bien como pretendía Montaigne, pero no importa: *whatever floats your boat* , que dicen los ingleses. La única forma de contener un fuego es, según dicen, cercarlo con pequeños incendios controlados. Aunque la gente trate de detenerte cuando te ven empuñando un trozo de trapo empapado en orujo en mitad de un incendio forestal gallego, tú sabes que eso, al final, funciona. Si a la ira hay que enfrentar la ambición, que tampoco es la más benigna de las emociones, así sea.

La máxima puede simplificarse en un grado aún mayor: si te domina la ira, si notas cómo la rabia se va concentrando en tu interior como la reunión espontánea de una muchedumbre enfurecida, que dijo Flannery O'Connor, 58 piensa en otra cosa. Quién sabe. Es algo tan elemental que tal vez incluso funcione.

Y si no funciona, siempre puedes abandonar la idea y partirle la cara al hijo de puta. Indudablemente, es mejor hacerlo en este orden

que en el opuesto: primero partirle la cara al hijo de puta y luego tratar de olvidarte de ello. O intentar que lo olvide él.

8. El chaval que no devolvió los puñetazos

Donde, ahora sí, se pone punto final a este ameno libreto con una terrible historia corta de peleas fratricidas que funciona también como coda y como explicación de la totalidad de la obra; donde, por lo visto, se extrae la lección de que el odio es circular, y siempre volveremos al punto de partida; donde se cita una frase especialmente tatuable de Graham Greene, así como a John Constantine y el Stop-Time *de Frank Conroy (Mega City Four solo realizan un cameo sin frase); y donde parece insinuarse que, a veces, lo mejor es pegar un puñetazo a tiempo, pues no hacerlo va a ser mucho peor .*

Una noche del año 1993 volvíamos mi hermano y yo haciendo eses a casa, y él, que era asmático, empezó a aplicarse toques regulares de inhalador pulmonar. Mi madre nos repetía que abusar del Ventolin era Muy Malo, pues ella tenía opiniones firmes sobre la mayoría de los medicamentos del mercado, sin haber estudiado medicina, ni siquiera veterinaria.

Aquella noche sentí el impulso de salvar a mi hermano de sí mismo. Dejamos atrás el viejo mercado, cerrado a aquellas horas. Le dije, ceceando y escupiendo, que no debería darle tanto al Ventolin, que era terrible para la salud. Le señalé con un dedo inestable. Me costaba mantenerme estático. El mercado daba vueltas a mi alrededor, como una estación espacial en órbita.

Si él reparó en la ironía de que su hermano mayor, que en aquella época parecía inmerso en una competición intercomarcal de engullir anfetaminas, speed y cerveza en el menor lapso posible, le estuviese dando consejitos displicentes sobre su propia salud, y encima a esas horas, no lo expresó con palabras. 59

Solo me miró, entrecerrando un ojo, el único visible. Su pelo era muy largo, lacio, rubio, le llegaba a los hombros, y llevaba una camiseta de Screaming Trees de manga larga y pisamierdas sucios. Yo tenía la cara colorada y los ojos vacunos. Estaba empezando a engordar; no sabía por qué, pero era algo que me entristecía. Para desviar la atención de la gente que se acercaba a mi fofo cuerpo, en aquella época me afeité una raya al lado en el cráneo; cuando llovía

funcionaba igual que un canalón para recoger agua: un chorro salía directamente de mi frente, y me hacía parecer una atracción acuática.

Aquella noche de 1993 no llovía. Podías ver la luna encima de las moreras. Yo llevaba levis blancos, sucios en la zona de los bolsillos, de meter y sacar las manos de allí.

Mi hermano dijo que le dejara en paz. Que yo no era su padre. Se volvió, empezó a andar hacia el piso, que se distinguía desde donde estábamos; las luces de la casa estaban apagadas. Mi hermano inhaló del Ventolin. Dos golpes: chuf-chuf. Aspiró fuerte, se llenó los pulmones. A cada paso que daba se le movía un poco la melena, eran cortinas a ambos lados de su cara.

Yo no le dejé en paz. Te vas a acabar matando con esa mierda, le dije, con voz de borracho, y le toqué el hombro.

Mi hermano se volvió y, sin pronunciar palabra, se abalanzó sobre mí. Sus brazos se movían como los molinos de viento de los dibujos animados, yo intenté detener los golpes, o al menos redirigirlos a partes cálcicas de mi cuerpo. Nunca he sido bueno pegando y, además, sentía un natural reparo a ponerle la mano encima a mi hermano pequeño, quien diez años atrás había sido intachable cofrade de plastilina y motivado grumete de colchoneta acuática (yo capitaneaba).

Sus puños se estrellaron contra mis antebrazos, que coloqué sobre mi cabeza, varias veces seguidas. Recibí una patada lateral contra la espinilla, que no devolví, no sé por qué. Su pelo se agitaba con cada manotazo que pegaba, le daba una apariencia mucho más motriz que la mía, como si él fuese a velocidad aumentada.

Estuvimos un rato así. Nadando crol seco sobre la silueta del otro. Él sobre mí, especialmente. Era como si hubiese empezado una tormenta y yo hubiese colocado los portalones, y una lluvia feroz se estrellase contra mi exterior. Gritábamos. Le pregunté si estaba loco o qué le pasaba. Se encendieron algunas luces en los pisos cercanos, pero no las de mi casa. Nuestros padres tenían un sueño profundo, parecían vivir (imposiblemente) con la conciencia tranquila de los grandes santos y los bendecidos por la gracia.

Él lanzó su puño contra mí otra vez, me rozó la ceja. Sus rasgos retorcidos en una máscara de rabia que era casi cómica, como si fuese un enemigo de opereta, de dibujo animado de Hanna-Barbera, y me odiase a muerte desde hacía mucho tiempo, por aquella carrera de autos locos que gané o algo.

Yo intenté devolverle al menos un puñetazo, para salvar el honor, *salvar la cara* , como dicen los ingleses, aunque no me apetecía en absoluto y, a decir verdad, aquello estaba empezando a ponerme aún

más triste que mi recién estrenada gordura. Apunté con el puño a algún lugar de su rostro, pero él desvió mi brazo en el último segundo con un golpe lateral, y mi reloj de pulsera (Lorus) salió despedido y fue tragado por la oscuridad.

Me quedé mirando los adoquines ennegrecidos de la calle bajo una farola pulsante, con la desolación hiperbólica que suele acompañar a las borracheras graves. No lloré, pero algo espinoso se atascó en mi garganta. *Eh* . Mi reloj, joder. Mi puto reloj. Me lo habían regalado mis padres cuando empecé el instituto, o cuando me fui a la mili, o algo (no conseguía recordarlo en aquel preciso momento, porque, me di cuenta de repente, llevaba una borrachera realmente terrible y había perdido ambas modalidades de memoria, la de corto y la de largo plazo).

Si aquello hubiese sido una película juvenil, se acercaba el momento en que el *nerd* recién humillado por los abusadores del instituto empieza a buscar entre los contenedores de basura, halla un tablón de palé con clavos herrumbrosos, y se vuelve justo en el momento en que el matón le está dedicando las últimas palabras de humillación pospuñetazo, entonces le arrea en la cara y acierta con un clavo en mitad de su ojo. El resto de los matones, al ver aquello, se desperdigan como palomas.

No sucedió eso.

Mi hermano y yo llevábamos pegándonos desde... El hábito me obliga a decir desde la cuna, pero lo más probable es que en realidad fuese desde el nacimiento de mi hermana, a mis seis años. O desde que empezaron a ir mal dadas de verdad en mi casa, a mis doce. Mi hermano tiene dos años menos que yo, pero su cuerpo siempre ha sido más grande que el mío. Siempre habíamos sido íntimos, hasta un día que empezamos a estar a la greña; pero conservo demasiados buenos recuerdos de la etapa previa, demasiadas horas de juegos compartidos, como para no llegar a la conclusión de que debió de existir una época en la que *no* nos pegábamos.

Y cuando digo «pegándonos», por cierto, no me refiero a cachetes o empujones. No me refiero a riñas infantiles, palabras malsonantes. Me refiero a choque corporal de cabeza por delante, hombre al suelo, manos que forman puños, puñetazos en la cara, bang-bang-bang.

En todo caso, perdí todas y cada una de aquellas peleas. No recuerdo ni un solo destello de victoria, ni uno solo, por mucho que me esfuerce.

Si me concentro se materializa ante mí su rostro de rabia de entonces, apretando fuerte los dientes, los ojos encendidos, mientras

lanza puños en mi dirección. Es un recuerdo concreto; acabo de darme cuenta. Del año 1981 o 1982. Estamos en mi temporal nueva habitación, hace poco me han separado de él, de la litera y la habitación que compartíamos, porque soy algo mayor y necesito mi «intimidad», o quizás porque estamos empezando a llevarnos mal, y he sido mudado a la antigua habitación de mi hermana pequeña. Para evitar males mayores, tal vez. [60]

El recuerdo empieza *in media res* : me resulta imposible evocar quién ha dicho qué a lo largo de los minutos previos, si ha existido provocación o no; cuál es el maldito motivo de la pelea. Un puñetazo me hace caer al suelo. Entra un sol de media tarde que calienta las baldosas; las siento en las palmas de mis manos, allá abajo. Noto rasguños en mis mejillas, cejas abultadas y calientes al tacto, me palpo las orejas estrujadas mientras me pongo en pie, mirándole a través de las cejas, cabizbajo y lleno de odio y tristeza y deseo de venganza. En otra vida, o cuando toque.

Se abre la puerta. Mi madre entra en la habitación y me ve a mí, las manos en la cara y los ojos acuosos, los hombros caídos, y mira a mi hermano, que resuella y continúa con los brazos tensados, la cabeza alta, y mi madre me mira otra vez a mí y me dice «pero pégale tú también».

Yo me echo a llorar. No puedo, le grito. No puedo. Y luego me miro las manos, incrédulo, tratando de comprender, como si estuviese estropeado de fábrica el mecanismo de pegar y no supiera a quién dirigir la reclamación.

La noche del Ventolin llegamos al portal de la casa de vecinos. Abrimos (uno de los dos) la puerta metálica pintada de negro, subimos las escaleras, yo rezongando, tocándome el hueco de la muñeca donde unos minutos antes estaba mi reloj, él en silencio, superando cada escalón con pasos decididos. Andaba por delante de mí, veía sus pisamierdas sucios a la altura de mi nariz, a cada escalón que subía. Me ardía la cara, debía de haberme acertado con alguno de los puñetazos y en el momento, en caliente, no me di cuenta. La taja me había insensibilizado. Me palpé el rostro, me escocía el pómulo, debía de tener un rasguño allí, una buena *esgarrapada* .

Entramos tropezando en casa. La puerta olía a metal y cuero, el acolchado interior iba sujeto a la madera con remaches de cobre. Nos fuimos directos a la cocina, los dos. A lo largo de la noche no habíamos cenado más que cuatro kikos y banderillas que nos dieron, por puta pena, en alguna tasca; en mi pandilla cenar era «de niñas», ni siquiera los bocadillos de lomo con queso estaban aceptados.

Le dije a mi hermano, cuando él se agachaba para rebuscar en la nevera, que deberíamos hablar de lo sucedido. Yo tenía una salchicha de Frankfurt cruda en la boca. Pregunté quién me pagaría el puto Lorus. Era un regalo, dije, como si aquello fuese a tocarle la fibra sensible. Traté de recuperar el tema del inhalador, para que viese que su comportamiento había sido no solo injusto, sino cruel y abusivo, pues yo –se me pusieron los ojos llorosos, me costó echar abajo el pedazo de salchicha– solo quería lo mejor para él. Utilicé esas palabras: «lo mejor para ti». Debí de sacarlo de algún telefilme, aunque a la vez, lo recuerdo bien, lo dije de corazón.

Mi hermano, que me daba la espalda, dejó de trajinar en el interior de la nevera, se incorporó, se volvió y me sacudió dos nuevos puñetazos.

Dos seguidos, además. Peng-peng. Un trozo de frankfurt a medio masticar salió despedido de mi boca, lo vi volar.

Caí hacia atrás y mi culo impactó contra la encimera. Noté el familiar sabor a canica de acero en el interior de mi boca. Esta vez era hegemónico, como si me hubiese introducido allí un número enorme de bolitas. Me llevé una mano a los labios, aunque intuía lo sucedido.

Me acababan de *reventar la puta boca* , como se decía en las calles de mi pueblo.

Empecé a sangrar. Debíamos de estar conduciéndonos de un modo menos silencioso del que creíamos, porque mi padre, despeinado y legañoso, entró en la cocina, como en una mala obra de teatro, cuando aparece el inspector y todo ha concluido y hay un muerto en mitad del escenario y el infractor simula que no ha sido él y no ha visto nada y el público abuchea y le acusa.

Tras él iba mi madre, que procedió a curvar su boca hacia abajo y poner expresión de carnero triste. Yo seguía sangrando. Mi hermano no sé qué hacía, quizá se había vuelto para continuar con su búsqueda de tranchetes. En mi recuerdo le veo de pie, impávido, sin llorar ni gritar ni protestar su inocencia, como si nada de aquello fuese realmente con él y a mí me hubiese partido la cara un fenómeno meteorológico. Quizá sea este un recuerdo falseado, y me agarró por el hombro y me pidió perdón. Pero no parece probable.

Uno de los dos progenitores, mi padre o mi madre, exclamó *«però què feu, home!»*. Sonó como si hubiesen pillado a mi hermano rompiendo un juguete caro, en lugar de partiéndole la cara a un ser viviente de tamaño real, con corazón, y encima pariente cercano suyo como era yo.

Mi padre me arrastró al baño a empujones, yo abrí el grifo, puse la boca debajo, me enjuagué y escupí. El agua del lavabo se quedó

primero del color del hígado de pollo hervido, luego roja. No consigo recordar mi cara en el espejo; supongo que mejor así.

Mi padre me volvió hacia él, dobló las rodillas para disminuir su estatura, levantó con ambos pulgares mi labio superior, inspeccionó la herida, debió de decirme que no me hacían falta puntos. Había sido rugbista, en su juventud; aún jugaba, de vez en cuando, en los veteranos. En el rugbi, si no sales del terreno de juego con la cabeza cercenada en las manos, como un santo cefalóforo, no te echan ni agua oxigenada. Para él aquello no era nada.

Se equivocó. *Sí* que era algo, y *sí* me hacían falta puntos, después de todo. Unos tres o cuatro, calculo ahora, que estoy volviendo a mirar la cicatriz. Era un señor corte. Y con ese corte y los labios hinchados y los ojos ardiendo y la cara entumecida –*yo* , pues mi hermano seguía con la cara más prístina que el *David* de Miguel Ángel–, nos mandaron a ambos a la cama.

Buenas noches, que durmáis bien.

No me desangré, al final. Tampoco cambió nada en mi casa, a la mañana siguiente. Nuestra pelea infame, vergonzosa, amarguísima, se integró en el patrón de normalidad del hogar. Mis padres no erigieron un muro de cuatro metros con foso entre dos hermanos que, lo vería incluso un padrastro morfinómano de novela romántica, eran incapaces de estar juntos sin sacarse los ojos, e iban a terminar del modo más triste posible. No hubo una charla sensata sobre el respeto, sobre el cariño, sobre nuestras existencias, nuestra calidad de personas que salían de la misma cavidad uterina materna, y que solo por ello deberían quererse, apoyarse, cuidar el uno del otro a lo largo del arduo camino de la vida. Nadie le explicó a mi hermano que partirle la cara a tu hermano no era *kosher* .

No sucedió nada de eso. Creo que ni siquiera nos cayó un castigo, ahora que lo pienso. En la mesa no se habla de violencia y odio fraternal, y se acabó. ¿Alguien quiere más langostinos?

Mi hermano dejó de pegarse conmigo; aquella sería nuestra última vez. Pasé medio año sin dirigirle la palabra, pese a que volvíamos a dormir a medio metro vertical el uno del otro. Al final vino a reconciliarse conmigo durante un concierto de Mega City Four, en la sala KGB. Yo me hice el remolón un rato pero finalmente acepté sus disculpas, porque:

a) creía (con razón) que eso era lo que hacían los hermanos

mayores,
b) pensaba que adoptar aquella postura me otorgaba cierta madurez moral,
c) estaba harto de simular que me había dormido cuando él preguntaba algo desde la litera de abajo y
d) los Mega City Four habían ablandado mi costillar.

Así que encajamos manos, o nos abrazamos, o no sé qué. Algunos de nuestros amigos aplaudieron. Yo no le arranqué el instrumento de las manos a Danny Brown, bajista de la banda, y procedí a utilizarlo con mi hermano, como desquite por los dos puñetazos salvajes que me había metido meses atrás. Tampoco dije, porque no lo sabía, que aquel apretón de manos no resolvía nada, solo lo cosmético, que en realidad seguíamos igual, monstruosamente igual, y ninguno de los dos iba a ser capaz de cicatrizar los eventos de la noche del Ventolin.

Tras el concierto de Mega City Four reanudamos nuestra relación siguiendo el ejemplo pos-Versalles de las dos partes enfrentadas en la Primera Guerra Mundial. Con una de las dos facciones humillada, subyugada físicamente, el amor propio pisoteado, y la otra destruida también, podrida por dentro, con el ánimo muerto, aunque por razones distintas. No debe de ser bonito recordar que le partiste la cara a tu hermano. No debe de tratarse de un recuerdo cálido.

Continuamos por la vida, desde aquel punto, compartiendo la misma «herida mental», que dice Frank Conroy en *Stop-Time* . Como si nos hubiésemos tatuado la misma imagen en distintos tatuadores. Los dos acarreando un odio imperecedero y constante, una rabia sempiterna contra el mundo en general, un rencor que era como una pastilla que no se disuelve en agua fría, y que nos iba a impedir amar, relacionarnos, vivir, como gente normal, entre nosotros y con los demás, durante el resto de nuestras vidas.

Graham Greene escribió: «Hay una astilla de hielo en el corazón de todo escritor.» Es cierto en mi caso. La astilla lo atraviesa de lado a lado, como un pincho moruno. No existe un solo evento que precipitara mi corazón a esa Era Glacial parcial que padezco; esa zona antártica donde no existe el perdón. Pero es posible, asimismo, que algunos de los puñetazos que recibí de niño contribuyeran al descenso progresivo de la temperatura ventricular. Que helaran mi corazón. Que me atrapasen, como en los conjuros demoníacos de John Constantine, dentro de un estrecho círculo de empatía donde no cabía casi nadie. Porque allí dentro nadie podía dañarme, y el derecho de admisión estaba reservado. Para todo el mundo, para siempre.

No existe un único punto de vista; tampoco importa ya quién tenía la razón original. Han pasado demasiados años para debatir algo así. Mi hermano, desde luego, tenía sus razones para ser infeliz y rebosar rabia primigenia. Y quién no las tendría. En mi casa, hacia el final de mi infancia, todos andábamos desequilibrados, mal hechos, desorientados, el ambiente que nos rodeó durante algunos años no era el más conductivo a la benignidad, la tolerancia o el cariño. Si la gente que ves, a la que *admiras* , se pelea constantemente, es fácil acabar considerando la pelea como un estado natural; con quien toque, con quien se te cruce o se pase de listo. Yo mismo terminé haciendo lo mismo, aunque, eso sí, exclusivamente a base de palabras venenosas; respondiendo a la agresión con menoscabo brutal.

Pero más allá de puntos de vista o razones, están *los hechos* , y la conclusión que uno puede extraer de ellos. La puntuación final, si alguien quiere llamarla así. Y hoy intuyo (en el fondo siempre he sabido, pero no me atrevía a pensarlo) que quizás –solo quizás– lo que debería haber hecho era pegar yo un par o tres de puñetazos, la noche del Ventolin. No solo por mí, por mi amor propio, por mi futuro o algún concepto trasnochado de virilidad. Debería haberlo hecho *por él* , por nosotros dos, por nuestro amor, por nuestra hermandad, por los buenos tiempos que habíamos pasado de niños, cuando jugábamos siempre juntos, los buenos tiempos que quizás nos esperaban si conseguíamos salir de aquello y empezábamos a andar, ya recolocados en el mismo peldaño, mirándonos a los ojos desde la misma altura.

Empates , que decíamos de niños.

Estamos en paz , decíamos.

Yo, ha quedado claro a lo largo de este libro, no empaté ni quedé en paz. Y ahora ya es tarde. Ahora da lo mismo.

Hoy tengo cincuenta años y al menos una vez por semana sueño que le pego a alguien. O a muchos tipos a la vez, en alguna ocasión.

Venid, venid, si os atrevéis (mascullo, literalmente, en sueños).

A veces quien se halla ante mí es una de mis veteranas némesis, alguien que me jodió en el pasado y, en mi opinión, se fue de rositas; en otras ocasiones, se trata de un enemigo actual, un demonio mayor o menor; y en algunas, por desgracia, el adversario es mi hermano, por las veces que nos dimos y no supe devolverlas.

En esos sueños, a veces, mi brazo se vuelve de goma, y mis golpes no parecen tener efecto alguno, así que yo, cada vez más desesperado, los repito una y otra vez, ploing-ploing, observando con incredulidad mi extremidad inerte e inocua, más parecida a un tentáculo viscoso de sepia que al brazo de un hombre.

Cuando eso sucede me despierto con una sensación asquerosa en la boca, de orfandad, de debilidad, de pura vejación, de absolutos desamparo y desvalidez, por carecer de nervio, por no ser capaz de valerme por mí mismo, ni siquiera de zurrar a alguien, en el mundo de los sueños. Es el espíritu de la sumisión y la cobardía infantil, también del *miedo* , que regresa para atormentarme, para recordarme quién soy, tras las corazas que he ido erigiendo con los años, tras todas las bravuconadas y poses altivas, inaccesibles: aquella piltrafa trémula que le decía a mamá, entre hipidos, que *no podía pegar a su hermano menor* .

Lo fuerte es cuando, ocasionalmente, en mis sueños, el brazo *sí funciona* . Las piernas también. Mi encarnación onírica sabe qué uso dar a una botella vacía de cerveza o cómo agarrar un taburete para transformarlo en arma. Me observo a mí mismo, en el sueño, pateando el cuerpo de mi contrincante (sea quien sea), una y otra vez, dejando caer la bota sobre alguien que se hace un gurruño en el suelo, que no esperaba *aquello* , no vio venir aquella retribución implacable, un enemigo *tan* formidable como yo, y en el sueño un halo eléctrico me rodea, una energía y una fuerza increíbles me elevan, me llenan de dulce exaltación, y por un breve instante estoy contento, joder, porque de repente sé y siento lo que deben de sentir los fuertes, los que no tienen miedo, los que lavan las afrentas, los que se libran de la cobardía.

Los que *las devuelven* .

Los que cuando las toman, no olvidan *darlas* .

Mi analista, cuando le cuento esto –más bien afligido, a veces al borde de las lágrimas–, me dice que está bien soñar algo así, que es algo muy común, que esa es la forma que tengo de deshacerme de todo el odio y no aplicarlo en la vida real. Luego me pregunta algo que es casi un cliché de psiquiatra:

¿Cómo te hace sentirte eso?

¿Cómo *me* hace sentirme eso?

Yo le respondo, tras pensarlo un momento, que el sueño en sí mismo me sienta bien, la verdad, le digo que me despierto feliz, limpio, lleno de euforia y potencia y arrojo, pero por desgracia eso solo dura un instante, le digo, porque entonces me doy cuenta de que ha sido un sueño, de que nada se ha arreglado, porque entonces me miro al espejo, le digo, observo esos ojos tristes que conozco tan bien, uno más cerrado que el otro, recién levantado, y me doy cuenta, le digo, de que sigo siendo el mismo, maldita sea.

Sigo siendo el chaval que no devolvió los puñetazos.

Y aquello explica esto, lo de hoy, quién soy; quizás incluso lo explique *todo* , incluyendo este libro. Quizás hayamos topado con el jodido origen de una cosmovisión, el Big Bang de mi existencia. Porque *aquello* , unido a los sucesos familiares que viví al final de mi infancia y al principio de mi adolescencia, provocaron y provocan aún que viva mi vida, en una parte considerable, desde el rencor, el despecho y el deseo de venganza.

¿Qué más puedo decir? A cada uno lo suyo.

Agradecimientos

Este ensayo fue escrito inmediatamente después de la novela *Revancha* (2021). El autor quiere agradecer la comisión del texto original a Ignacio Tolnado, de FNAC. También a Silvia Sesé y a Isabel Obiols, por publicar hoy la obra en la presente colección.

Eugènia Broggi, Esther García Llovet, Valentín Roma y Carlos Zanón, cuarteto All-Star, realizaron varios comentarios útiles sobre el texto pre-final y prestaron los necesarios ánimos a lo largo del periplo. El autor quiere agradecerles una vez más su amable colaboración, así como su eterna disposición, buen ánimo y buen ojo, y promete pagarles un vermú en una fecha cercana.

1 . Como por ejemplo la figura del «judío» para los nazis. O la del «estudiante» para los skinheads.

2 . O casi.

3 . Esto no acaba de sonar como tenía planeado.

4 . Citada en *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno* , de Stephen Greenblatt (Crítica, 2012)

5 . Esta unidad de medida tiene su origen en la atmósfera del hogar en el que crecí. Mis padres reñían mucho entre ellos, en mi etapa prepúber. Cuando se peleaban, o cuando pasaban a pelear contra sus hijos, mi padre empleaba el estallido de ira y la violencia física (de muy baja intensidad), mientras que mi madre optaba por el victimismo («oh Dios, ¿qué he hecho yo para merecer estos hijos?»), la pasivo-agresividad y la demagogia luctuosa. Formas de control más sutiles, a la vez que perversas, que soltarle un sopapo o un berrido a alguien. Mi experiencia con ambas formas de cólera me enseñó desde muy niño a preferir la que era directa, honesta y dura, por desagradable que resultase ser su objetivo, por encima de la que era insidiosa, falsa y blanda (o *fingía* ser blanda).

6 . Que quede claro que no me refiero a *otro* tipo de fragancia, aunque debo admitir que la autoindulgencia buenista y la solemnidad del dogma, la actitud de superioridad moral, me provocan unas ganas horribles de tirarme pedos. Yo llamo al fenómeno Flatulencia Antisolemne, y es un acto reflejo sobre el que no tengo el menor dominio.

7 . *Chap chap* , por ejemplo.

8 . Un *hater* peor que Bracciolini, casi.

9 . Nietzsche, por cierto, se está ciscando en el «bello» y tartufero buenismo del filósofo católico Ernest Renan.

10 . Algo me dice que este afán de citar a Nietzsche cada tres frases no está contribuyendo a congraciarme con Billy.

11 . «Nos vamos, cariño. Ponte el abrigo. No, no me pasa NADA .»

12 . Más sobre ella, tal vez, más adelante.

13 . Traducción de Kiko Amat para este libro. Las cursivas son de K. A.

14 . Dependiendo del día, Plutarco atribuye la frase a Antístenes (discípulo de Sócrates) o a Diógenes.

15 . Si no les importa, vamos a prescindir del entrecomillado a partir de este punto.

16 . Gracias, Edmund Burke; te saludo, Nik Cohn.

17 . Analizaremos la utilidad creativa del enfado y el rencor en el capítulo 4.

18 . Mi primo también es novelista. Imposiblemente.

19 . He oído antes lo de que el plagio es el mayor elogio. Solo puedo decir que, aunque sea verdad, dicho «elogio» merece un puñetazo inaugural en la nariz. En nombre de mi primo.

20 . En mi opinión es el de la adulación, porque manipula y simula ser lo que no es. La vanidad es solo vanidad, por penosa que sea.

21 . Dirty Works, 2021.

22 . Permítanme que, acto seguido, me cite de mi artículo sobre *Cándido* .

23 . Me han contado que de este libelo tal vez se impriman 4.000 ejemplares; y eso es un dato suficientemente disuasorio.

24 . De su primera maqueta-álbum, *Fent d'aquí* (1987). En la misma canción, «Ets un barato», también aventuraban el verso *«no siguis panfleto / que la palla va molt cara»* , una sentencia que debería estar en la alfombra de bienvenida de todas las casas catalanas.

25 . En realidad, no.

26 . Esto solo lo he dicho para ver la cara que ponían. Es broma, naturalmente.

27 . *Somebody Up There Likes Me,* de Robert Wise. Con Paul Newman y Pier Angeli.

28 . JAY PRITCHETT: ¿Por qué seguimos haciendo esto?

EARL CHAMBERS: ¿Quién sabe?

MANNY DELGADO: ¿No es obvio? Os necesitáis el uno al otro. Es lo que os impulsa.

EARL CHAMBERS: El chaval tiene razón. Vencerte es la mitad de la razón por la que me levanto de la cama (...). Nos hicimos el uno al otro mejores de lo que nunca pensé que podríamos ser. Nos empujamos el uno al otro a la grandeza.

MANNY DELGADO: Estamos hablando de armarios, ¿verdad?

29 . Billy Childish hizo justo lo contrario en su exposición *Handing the Loaded Revolver to the Enemy: A Homage to Vincent Van Gogh* .

30 . «Despecho, o el lado positivo de tu lado oscuro». Inédito en castellano hasta la fecha.

31 . *Huge Season* , en el título original. Publicado aquí en 2021 por Libros Walden.

32 . Plutarco menciona otro uso adicional de los enemigos: si uno concentra en ellos toda la rivalidad, los celos o la envidia, acabará siendo más agradable con los amigos (pues habrá gastado su vinagre en quien de verdad lo merece, vamos).

33 . Quien incluso escribió un libro entero sobre el tema: *La ira es una energía* .

34 . Siguen poniendo la misma cara. Que era broma, hombre.

35 . *Gorgeous George* (1994).

36 El sobrevalorado sube al escenario / Sobrevaluado y de aquí / Y su idea de la contracultura / Es la cuenta de mamá en Sears // Y luego se preguntan por qué no conectamos / Con su ritual de la guitarra destrozada / Un nuevo gesto vacío e insignificante / Las cenizas de una estrella quemada.

37 . A título personal puedo decirles que yo aprendí a escribir porque antes había aprendido a insultar.

38 . No se te escapa la ironía de que sea exactamente eso lo que estás haciendo tú con el desgraciado del viaje de fin de curso a Menorca.

39 . Con la excepción de mi mujer, que me lo dice de forma compulsiva.

40 . Para el lector no catalán, una *tieta* sería, en el ámbito de la literatura, un escritor o lector ñoño, cursi y algo puritano.

41 . *Más allá del bien y del mal* (1886).

42 . En inglés, la expresión *better half* también significa «alma gemela». La letra de la canción juega con ambos significados.

43 . «Oye, esto es un asunto serio y me voy a odiar a mí mismo / Y a pesar de ello no puedo esperar para empezar / Al monstruo dentro de mí no se le puede convencer de nada / Tiene apetito, no, tiene hambre ahora / Tengo que contenerlo, la costura dentro de mí crece / Dile adiós a tu lado mejor.»

44 . Algo más adelante Bullock aventura la hipótesis de que se tratase directamente de brotes psicóticos.

45 . Bullock, *Hitler y Stalin. Vidas paralelas* (Kailas, 2016).

46 . Ver capítulo 2 de este libro.

47 . Déjenme decirles que no me creo la baladronada del boche. De hecho, *Tala* es una prueba fehaciente de que Bernhard pasó el resto de su vida pensando obsesivamente en sus examigos, ahora enemigos mortales. Como suele suceder.

48 . Diríjanse a los capítulos 4 y 6, respectivamente, para leer sobre ambas situaciones.

49 . Como buen obrero de la narrativa, el hombre siempre iba falto de dinero, y por ello escribía mucho, muchísimo, a menudo por encargo, en muy pocas semanas, y eso es en verdad desaconsejable.

50 . Es Pop Ediciones, 2014.

51 . En mi pueblo se denomina «pelea de heavys» o «baile de heavys» a una pelea que solo implica amenazas vacías y algún tenue empujón, y donde no se suelta un solo puñetazo. Que conste que no fui yo quien acuñó la expresión.

52 . Acto que, por derecho propio, debería trasladar a Thompson al capítulo anterior. Y en realidad, como han visto, está allí también.

53 . *Texas by the Tail* , 1965.

54 . *Contra los poetas* , 1951

55 . Lo mismo que dijimos en páginas anteriores al comentar la canción de Jawbreaker: en inglés, la expresión *better half* también significa «alma gemela». La letra de la canción juega, de nuevo, con ambos significados.

56 . «Involucraría al mundo como mi aliado / Involucraría al mundo / Contra el miedo celoso y la ambición amarga / Que solo aspira a lo acabado y lo muerto.»

57 . Ariel, 2011.

58 . *«Like a mob assembling»* , escribió en *Everything That Rises Must Converge* , 1965.

59 . Es posible que, por añadidura, yo no se lo hubiese soltado de la manera más cortés. Desearía haber dicho «el exceso de Ventolin puede ser pernicioso para tu salud, hermanito», pero también entra dentro de lo probable que dijese «deja de meterte tanto Ventolin, gilipollas, que un día te va a dar un chungo».

60 . Luego, cuando mi hermana entre en la pubertad, me devolverán a la habitación compartida.

Edición en formato digital: enero de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4395-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es